

2010-01-01

# Aterrizaje

Francisco Alejandro Tedeschi  
*University of Texas at El Paso*, [fscotedeschi@yahoo.com](mailto:fscotedeschi@yahoo.com)

Follow this and additional works at: [https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd)



Part of the [English Language and Literature Commons](#)

---

## Recommended Citation

Tedeschi, Francisco Alejandro, "Aterrizaje" (2010). *Open Access Theses & Dissertations*. 2790.  
[https://digitalcommons.utep.edu/open\\_etd/2790](https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2790)

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

ATERRIZAJE

Francisco A Tedeschi  
Department of Creative Writing

APPROVED:

---

Johnny Payne, Ph.D., Chair

---

Fernando García, Ph.D.

---

Luis Arturo Ramos

---

Patricia D. Witherspoon, Ph.D.  
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Francisco A Tedeschi

May 2010

## DEDICATION

A mi familia y a todas las personas que contribuyeron para que siguiera creyendo en ser escritor. A Johnny Payne por su invaluable orientación en el proceso de escritura de esta novela y, muy especialmente, a Lucía Sánchez Llorente.

ATERRIZAJE

by

FRANCISCO A TEDESCHI

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF THEXAS AT EL PASO

May 2010

## TABLE OF CONTENTS

TABLE OF CONTENTS.....	v
INTRODUCTION.....	1
BIBLIOGRAPHY.....	13
<i>Aterrizaje, capítulos</i>	
1.....	15
2.....	20
3.....	29
4.....	46
5.....	50
6.....	64
7.....	68
8.....	86
9.....	89
10.....	93
11.....	98
12.....	103
13.....	110
VITA.....	112

## INTRODUCCIÓN

Tema:

Estructura: asunto; punto de vista; tiempo; espacio; ambiente

*En Aterrizaje se narra* la historia del adolescente Alejandro Tardelli, de clase media-alta y quince años, hermano menor de Daniel quien, a los dieciocho, se destaca como teclista de un promisorio grupo de rock en Bogotá. Hijo de padres separados, María Cristina (con la que convive) y Marcelo (radicado en Buenos Aires), Alejandro está en conflicto consigo mismo. La confusión en parte es provocada por la ausencia de su padre, pues lo extraña y necesita, pero dentro de él existen otras fuertes pugnas internas: por un lado está el deseo de enamorarse y, por el otro, la inquietud sexual que le provocan sus hormonas; puede actuar movido por el deseo de tener nuevas experiencias hoy y, mañana, ser guiado por el interés de alcanzar metas con base en el esfuerzo y la disciplina. Podría decirse que hay una fuerte confrontación entre la rebeldía y la obediencia, el éxito y el fracaso, la certeza y la incertidumbre.

El tema central de la novela es la curiosidad. El asunto en *Aterrizaje* es cómo llega el protagonista a saciarla en relación con la sexualidad, los diferentes ambientes y formas de pensar ajenas al núcleo familiar y social al que pertenece y qué consecuencias tiene todo esto en el rumbo que decide darle a su vida.

La narración se da en forma cronológica, con un narrador en tercera persona focalizado desde la perspectiva de Alejandro y que sabe todo lo que éste hace, piensa y siente. Podría ser el mismo Alejandro o alguien que conoce demasiado bien su

historia. Eso que lo decida el lector. Afirma Mario Vargas Llosa en *Cartas a un joven novelista* sobre los diversos tipos de narradores:

las posibilidades parecen innumerables, pero en términos generales, se reducen en verdad a tres opciones: un narrador-personaje, un narrador omnisciente exterior y ajeno a la historia que cuenta, o un narrador-ambiguo del que no está claro si narra desde dentro o desde fuera del mundo narrado. Los dos primeros tipos de narrador son los de más antigua tradición; el último, en cambio, de solera recientísima, un producto de la novela moderna (Vargas Llosa, 1323)

Al elegir el tipo de narrador necesario para mi novela, me incliné por la última opción. Vale la pena anotar, además, que en *Aterrizaje* la narración se construye en tiempo presente con algunas breves alusiones al pasado cuando se hace estrictamente necesario, con el fin de hacer dinámico el relato y de darle actualidad. Bien dice Mario Vargas Llosa en su libro *Cartas a un joven novelista* en relación con el tema:

El tiempo del narrador y el tiempo de lo narrado pueden coincidir. Ser uno solo.

En este caso el narrador narra desde el presente gramatical (Vargas Llosa, 1338).

El narrador de *Aterrizaje* se concentra más en las acciones que en los pensamientos internos. A través de las acciones, que igual que los diálogos hablan por sí mismas, los personajes muestran sus sentimientos y pensamientos. Esta estructura contribuye al propósito de hacer una novela corta. Tratándose de una historia que se concentra en un espacio de tiempo muy breve, un mes o mes y medio



en la vida del protagonista, quise que el narrador provocara la tensión que puede generar la sensación de inmediatez en el lector. En relación con el efecto que produce que el narrador se exprese en presente Vargas Llosa dice:

Cuando el tiempo del narrador y el tiempo narrado se confunden gracias al presente de indicativo (como suele ocurrir en las novelas de Samuel Beckett o en las de Robbe-Grillet) la inmediatez que tiene lo narrado es máxima; mínima cuando se narra en el pretérito indefinido y sólo mediana cuando se narra en pretérito perfecto (Vargas Llosa, 1340).

El momento histórico en el que se construye la novela es la década del ochenta. Hay diversas referencias musicales, noticiosas, de lenguaje y espaciales que ubican al lector en esa época. La ciudad en la que se desarrolla la historia es Bogotá y dentro de ella podemos ver al protagonista en diferentes ambientes externos (el Cartucho, las calles del centro y el norte de la ciudad, el bus del colegio o el taxi en los que recorre la capital) e internos (su apartamento, el de Lina, el de Vanessa, la casa del Batracio, el colegio, el Pussy's House), ambientes que generalmente muestran los contrastes entre el mundo de las apariencias y los convencionalismos sociales del que Alejandro huye y otro mundo paralelo, pobre, sórdido, oscuro, que es el que despierta su curiosidad y al que también se enfrenta sin poder hallarse. Por eso al final, cuando Alejandro aterriza, se elige un ambiente externo neutro, un parque, que traduce el estado interno del personaje. Él ha optado por alejarse de los extremos y moverse por el camino del medio. Elegí construir un final abierto, pensando en que fuera coherente con la historia y con el personaje principal. Alejandro tiene sólo quince años y está en una etapa de formación y descubrimiento, pero también de definiciones. Por eso creo que es

verosímil que termine decidiéndose por volver a cambiar de rumbo, pero habiendo dejado atrás buena parte de su ingenuidad.

Partes:

Punto decisivo; clímax; desenlace

El punto decisivo de la novela viene cuando él, creyendo estar enamorado, se le declara y Vanessa le dice que no, argumentando que Alejandro es demasiado bueno para ella, una chica “mala”. En ese momento él asume que sería capaz de ser malo para conquistarla. El clímax se da en casa del Batracio cuando Alejandro descubre que ella está rodeada de personajes oscuros y cuya energía le es desagradable. Analiza que en realidad, ni siquiera por Vanessa, está dispuesto a ser como ellos o a instaurarse en su ambiente. Piensa que ella tenía razón cuando le decía que no la conocía. Se desilusiona. El desenlace se da cuando Alejandro reflexiona sobre todo lo que le ha venido ocurriendo en esa etapa de un mes o mes y medio en el que se desarrolla la totalidad de la historia y decide dejar de buscar afuera lo que ha perdido adentro. Entiende que debe sacrificarse para lograr su verdadero sueño que es ser futbolista.

Estilo:

La novela ha sido construida a través de frases cortas, con un lenguaje directo, evitando en la medida de lo posible la adjetivación, los adverbios y los juicios de valor por parte del narrador. Se busca con ello construir una novela compacta en la que no sobren ni falten palabras. La elección de la tercera persona focalizada desde la

perspectiva de Alejandro permite que todo lo que le ocurre, piensa y siente sea narrado desde su perspectiva, pero con la libertad que implica el que no sea él mismo el narrador: John Brenkman en su ensayo "On Voice" comenta:

In third-person narrations....the supposed narrator occupies an imaginary space in the simple sense that he does not 'exist', either on the plane of reality of the story or that of the book. This creation of an imaginary space of narration is a complex stylization, a kind of rhetorical zone in which narrator "recounts" events –actions, emotions, thoughts- as though he or she has "observed" them, though no such space of witness exists within or outside the story told. (Brenkman, 415)

En esta historia la primera persona obligaría a incluir una infinidad de monólogos internos que interrumpirían el dinamismo de la narración. De esto fui consciente cuando, descregado por la fuerza que le imprime Fernando Vallejo a la primera persona en *El desbarrancadero*, traté de ver si podía incorporarle una primera persona igual de fuerte a mi novela. Hice el intento tratando de transformar un capítulo de tercera a primera, pero no me gustó el resultado. Concluí que es cierto lo manifestado por Wayne Booth en su ensayo *Distance and Point of View: an Essay in Classification*: "It is true that choice of the first is sometimes unduly limiting; if the 'I' has inadequate Access to necessary information, the author may be led into improbabilities"(84).

Los diálogos en *Aterrizaje* incluyen buena parte del lenguaje coloquial usado por los jóvenes en la década de los ochenta, pero cada personaje tiene una forma particular de hablar, un timbre, que incluye sus propias muletillas. Es normal entonces

que Peña le diga “papá” a Alejandro, se refiera a Vanessa como la “hembra” y a los ancianos como “cuchos”. Así mismo es una constante que Alejandro le diga a su amigo “viejo Peña”, que Daniel le diga a él “Chinazo” y que María Cristina lo trate de “Mostrenco”. El lenguaje de Peña es algo vulgar, pero tiene mucho que ver con la esencia del personaje. Asimismo, en determinadas situaciones que lo ameriten Alejandro también se despacha con una que otra palabrota. En *Mientras escribo*, de Stephen King, el escritor recomienda que:

Decir la verdad es fundamental para que el diálogo posea la resonancia y el realismo.....El principio se aplica, hasta a lo que dice la gente cuando se da un martillazo en el pulgar. Si pensando en la Legión de la Decencia, pones ‘¡caray!’, en vez de ‘¡joder!’, infringes el contrato tácito que hay entre el lector y el escritor: la promesa de que expresarás verazmente los actos y palabras de tus semejantes por el canal de una historia inventada. (King, 205)

Con el lenguaje particular de cada uno de los personajes intenté dar a conocer parte de sus antecedentes personales en lo que se refiere a sus orígenes, educación, cultura y a su personalidad. Sin embargo, tuve extremo cuidado en evitar entrar en la caricaturización o el estereotipo. Pretendí además que los diálogos contribuyeran a representar las relaciones existentes entre los personajes. Para ello intenté seguir otro consejo legado por Stephen King: “La clave de escribir diálogos buenos, como en todos los aspectos de la narrativa, es la sinceridad” (204).

Los capítulos en general son cortos, pero no hubo intención alguna de hacerlos de un número de páginas predeterminado. Cada situación es explorada y desarrollada

hasta el límite de sus posibilidades y en algunos casos hacerlo implica más páginas y en otros menos. Sin embargo, sí he buscado que haya cierto equilibrio entre capítulos por lo que algunos demasiado cortos los amplié y otros extremadamente largos los reduje. Finalmente, otro ingrediente que tiene fuerza dentro del estilo en la novela es el humor. Buena parte de las situaciones en las que se ve envuelto Alejandro en Aterrizaje son trágicas y cómicas a la vez. Aquí lo que se pretende es que mientras el personaje sufre, el lector, al tiempo que lo compadece, ría.

Considero que la frustración o la decepción contra la que lucha Alejandro es la nota predominante durante buena parte de la novela. Se enfrenta a ella desde el inicio, cuando es expulsado injustamente de la casa de Lina, hasta el final, cuando descubre que su deseo de ser el novio de Vanessa es una utopía. En el recorrido de la novela muchas veces debe enfrentarse a ella y seguir adelante: cuando no puede hacer el amor con Vanessa por la intempestiva aparición de su hermano; cuando no puede acostarse con la chocoana porque aparecen unos mafiosos; cuando fracasa en la prueba futbolera por la resaca que se carga. La tensión del personaje va creciendo a medida que se topa con cada fracaso e incluso cuando logra el objetivo de hacer el amor con Vanessa viene luego la decepción porque lo que no logra es que ella lo ame. No deja de ser curioso que ésta sea la nota predominante en Aterrizaje, pero habría que recordar lo dicho por Mario Vargas Llosa sobre cómo escribió *La casa verde* en *Historia Secreta de una Novela*:

Por ese tiempo empecé a descubrir esta áspera verdad: la materia prima de la literatura no es la felicidad sino la infelicidad humana, y los escritores, como los buitres, se alimentan preferentemente de carroña. (50)

Unidad:

Lo que le da una unidad a la novela es que todo lo que ocurre tiene relación directa con el protagonista. No hay una sola escena en la que éste esté ausente y a ello contribuye el hecho de que el narrador esté focalizado desde su perspectiva. Asimismo, los demás personajes, principales o secundarios, son instrumentos que contribuyen a que la historia de Alejandro sea contada.

Dificultades encontradas durante el proceso:

Al inicio del proceso de escritura de la novela me encontré con la primera dificultad. Quería escribir una historia con fuertes visos autobiográficos centrada en la relación que tiene el protagonista, Alejandro, con su padre ausente en Buenos Aires, Marcelo. Pretendí ceñirme lo más que pude a la realidad tratando de contar la historia desde el momento en el que el hijo tenía diez años hasta que llega a los cuarenta. Quería incluir cartas y contar todos los conflictos que la ausencia del padre provocaba en su hijo desde la infancia, valiéndome más de técnicas periodísticas que literarias buscando que lo que contaba se asemejara lo más posible a lo que había ocurrido. Por alguna extraña razón que desconozco, sentía que podía confiar más en mi capacidad como observador y reproductor de la “verdad” que en mis habilidades como inventor de ficciones y más en mi memoria que en mi imaginación. Sin embargo, después de escribir las primeras setenta y cinco páginas, al igual que Alejandro, aterricé. Me di cuenta de que construir una novela con múltiples saltos temporales se iba a hacer interminable, de que las páginas escritas basadas en la realidad invitaban al bostezo. Entendí que la historia de un hijo que busca a su padre ausente me interesaba mucho

más a mí de lo que podía llegar a interesarle a mis potenciales lectores y lo más importante: comprendí que lo único que realmente valía la pena de todo lo que había escrito era lo que había salido de mi imaginación. Por eso coincido con Vargas Llosa cuando afirma en *Historia secreta de una novela*:

Ya lo sospechaba, pero entonces lo supe de manera flagrante y carnal: la ‘verdad real’ es una cosa y la ‘verdad literaria’ otra y no hay nada tan difícil como querer que ambas coincidan (69).

A esas alturas apenas me daba cuenta de ello. Me quedó el consuelo agridulce de que ese frustrado proyecto inicial sí ayudó a inspirar a mi director, Johnny Payne, a iniciar con tono humorístico y sardónico su novela *La muerte de papi*. Después continué obstinadamente tratando de darle brillo a la idea original sin éxito. Escribí otras páginas en las que ponía a mi personaje a los veintiséis años a comportarse como un adolescente bobalicón que no podría tener más de quince. Aparte de malas, dichas páginas tenían un dejo sórdido de muy mal gusto. Me había esforzado mucho para escribirlas pero fracasé rotundamente. Tan franco como siempre, Johnny Payne no se guardó su opinión y entonces me puso un ejercicio: ver “Trainspotting” y luego escribir algo para la novela que se relacionara con la película. En primera instancia ese nuevo reto sólo sirvió para complicar aún más mi ya exhausta cabeza e incluso provocó que escribiera con bronca unas páginas de desahogo en las que me rehusaba a convertir a mi inocente personaje en un reverendo hampón capaz hacer todo tipo de atrocidades e incluso de asesinar a su padre, pero después de todo no me pude evadir más y tuve que enfrentarme al ejercicio. Realmente la película me había gustado, y mucho, pero no encontraba la forma en la que podía relacionarla con mi novela.

Entonces me senté a escribir lo que saliera, a improvisar, y, casi sin darme cuenta, construí las páginas del capítulo III que son las que sin duda más me gustan de *Aterrizaje*. Quizás porque logré despegarme del apego a la autobiografía, a la idea original, a la reproducción fiel de la realidad y el resultado me dejó más que satisfecho. Reconozco que me divertí, algo que no solía pasarme cuando estaba pegado al proyecto original. Nada más cierto que la siguiente afirmación de King: “El arte procede de una imaginación creativa que trabaja duro y se divierte” (204).

Desde entonces y hasta el final de la novela esa idea me animó. Podía volver a creer en mi imaginación y al mismo tiempo valerme de las habilidades como observador de la realidad para ponerlas al servicio de la ficción, es decir, utilizándolas para crear ambientes o atmósferas verosímiles, como había logrado hacerlo en las páginas que se desarrollan en *El Cartucho*. Por fortuna pude volver a lograrlo en otras escenas como la del Pussy’s House o al retratar personajes típicos que contribuyen a mostrar la esencia de la ciudad en la que se desarrolla la historia. Descubrí que era cierto lo afirmado por Tzvetan Todorov en su ensayo “Reading as Construction: Novels do not imitate reality; they create it” (151).

Vine a entender que, contrario a lo que suponía, podía entender la relación con la autobiografía desde otra perspectiva. Las experiencias vividas son el material con el que los escritores trabajamos, pero en vez de poner nuestras vidas al desnudo, las vestimos. Similar idea expresa Vargas Llosa en *Cartas a un joven novelista* cuando dice que la escritura de novelas es como un “striptease invertido”:



El novelista ejecutaría la operación en sentido contrario. En la elaboración de la novela, iría disimulando bajo espesas y multicolores prendas forjadas por su imaginación aquella desnudez inicial, punto de partida del espectáculo.  
(Vargas Llosa, 1302)

Finalmente, querría referirme brevemente a otras dificultades con las que me enfrenté en el proceso. En ocasiones me excedí en el uso de adjetivos y adverbios y en la etapa de corrección me vi en la obligación de eliminarlos porque no contribuían a darle el ritmo adecuado a la novela. También eliminé buena parte de los juicios hechos por el narrador sobre algunos ambientes, personajes o situaciones ya que se sentían artificiales y no ayudaban a hacer dinámico el ritmo de la novela. Los momentos en los que tuve que interrumpir la escritura por obligaciones externas, por enfermedad o por físico cansancio, no resultaron beneficiosas para el trabajo. Entendí que el género de la novela es muy exigente y que abandonarla hace difícil el poder retomarla después.

En la construcción del final también tuve que enfrentarme a otro problema, pero esta vez relacionado con la verosimilitud. En primera instancia construí un final en el que Vanessa, en la fiesta en la casa del Batracio, anda en topless cerca de la piscina, se besa con uno de los narcos y también con otra mujer, provocando la desilusión de Alejandro. Después de analizarlo cuidadosamente y gracias a la siempre valiosa y sincera asesoría de mi director, me di cuenta de que tenía que cambiarlo. Ese comportamiento desvirtuaba todo lo escrito sobre el personaje en páginas anteriores. Es cierto que la idea era mostrar que la Vanessa real era muy distinta a la Vanessa idealizada por Alejandro, pero había elementos dentro de la trama que mostraban muy

a las claras que ese comportamiento no coincidía con el personaje construido hasta ese momento.

Conclusión:

Durante buena parte de mi vida como periodista y escritor no me había planteado siquiera la posibilidad de escribir una novela. Pensaba que me destacaba más escribiendo géneros de más corto alcance (crónica, cuento, poesía, ensayo) en los que, agotado el tema, podía saltar a escribir otro o, simplemente, tomarme una pausa. No cabía en mi cabeza que pudiera dedicarme a construir una historia larga. Creía que no era capaz de tener la disciplina requerida para un proyecto así. Además dudaba de tener los conocimientos teóricos necesarios para hacerlo. Ahora pienso muy distinto. El proceso de construcción de *Aterrizaje* que tuvo una duración de un año y medio me dio buena parte de las herramientas teóricas que necesitaba y también me enseñó bastante sobre la disciplina, la paciencia y el rigor que se necesita para poder escribir una buena novela. También descubrí cosas muy valiosas sobre mis fortalezas y debilidades como escritor. Una de las principales tiene que ver con la actitud frente a la escritura. En mi caso, cuando la asumo como una obligación y en mi cabeza aparecen frases como “tengo que escribir” los resultados no son los mejores. Cuando pierdo la conciencia del tiempo y me meto firmemente dentro de la historia los resultados me dejan contento. Pienso que para lograr que esto último sea lo que predomine en el proceso de elaboración sólo existe un camino. No parar de escribir. Ser persistente. Si la historia está siempre fresca no existen riesgos de que la escritura se convierta en carga.

## BIBLIOGRAFÍA

- King, Stephen. *Mientras escribo*. Plaza y Janes editores S.A, De bolsillo, 2004.
- Vargas Llosa, Mario. *Cartas a un joven novelista*. Obras Completas VI. Ensayos Literarios I. Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2009.
- - - *Conversación en la catedral*. Punto de Lectura, Madrid, España, 2006.
- - - *Historia Secreta de una novela*. Tusquets Editores, Fábula, abril de 2008
- Hoffman, Michael J. and Patrick D Murphy. *Essentials of the Theory of Fiction*. 3rd ed. Duke University Press Durham and London, 2005
- Toscana, David. *Santa María del circo*. Plaza y Janés, Ave Fénix/Serie mayor, México, 1998
- El placer y la zozobra: el oficio de escritor*. Colección poemas y ensayos, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996
- Piñeiro, Claudia. *Las viudas de los jueves*, Clarín Alfaguara 2005.
- Vallejo, Fernando. *El desbarrancadero*. Alfaguara 2008.
- Díaz, Junot. *La breve y maravillosa vida de Óscar Wao*. Random House, Vintage Books, 2008.
- González, Betina. *Juegos de playa*. Clarín Alfaguara, 2008.
- Neuman, Andrés. *El viajero del siglo*. Alfaguara, 2009.
- “El Malpensante”, Revista: Bogotá, Colombia, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010
- “ADN Cultura”, Revista: Buenos Aires, Argentina, Diario La Nación 2008, 2009, 2010.
- Ramos, Luis Arturo. *Los argentinos no existen*. 2nd ed. México, 2008.

## ***Aterrizaje***

*Francisco Tedeschi*

Alejandro se encuentra a Pinzón distinto, como disfrazado, con el pelo repleto de gel, la chaqueta de cuero negra, la camisa rosada, los mocasines con la monedita. La niña a la que tiene cogida de la mano es un bombón.

-Qué bueno que vino marica. Está buena la rumba. Le presento a mi novia –

Apenas está saludando, cuando aparece como una exhalación Lilibian Ramírez, la mejor amiga de Lina, la anfitriona.

-Qué gusto que Lina te haya invitado, o sea, ya era hora de que ella se hubiera hecho amiga tuya. No sabes la cantidad de veces que yo le dije que nada que ver, que tú debías ser su amigo, pero ella nada de nada, hasta ahora, o sea, tú me entiendes ¿No?-

-Sí Lilibian, te entiendo perfectamente-

Llega Lina a salvarlo, en un vestido azul oscuro con un delicado escote dorado.

Aún abrazado al paquete con los regalos, recibe un beso y un abrazo.

-¡Cómo te ves de diferente con lo que llevas puesto!

-Gracias, me alegra que te guste, me lo puse para ti. La que está divina eres tú-

-Sigues con la bolsa en la mano ¿Todos esos regalos son para mí?-

-¡Claro!-

-¿Los puedo abrir?

-Obvio tontica. Y mira la tarjeta, también te escribí algo-

Mientras vacía una pequeña muestra de perfume sobre una de las muñecas, Lina restriega ésta con la otra y aspira el aroma.

-Está buenísimo el casete y este perfume me encantó. Ahora sólo me falta leer la tarjeta-

La lee y sonrío

-¡Qué lindo! Te ganaste que ahora te saque a bailar-

-Es que mira, yo la verdad no bailo muy bien-

-Tranquilo, no es tan difícil, yo te enseño-

Se mueven al son de *Cali Pachanguero*. Alejandro no coge del todo el paso. Las miradas están pendientes de ellos, pero poco a poco, con la guía de Lina empieza a acomodarse, a sentir que sus pies y los de ella se han vuelto uno, que se mueven agitados al mismo ritmo, sus cuerpos más unidos que nunca. Disfruta el contacto con los pechos, las caderas, las piernas, el sudor de las manos. Ve a los otros bailar y se da cuenta de que no lo está haciendo tan mal. En la puerta aparece un tambaleante Peña, con una chaqueta de jean raída y sucia, el pelo despeinado, como si tuviera el almohadazo aún fresco.

-Ay Alejandro, me pisaste-

-Perdóname. Tendré más cuidado-

Peña está hablando con la hermana menor de Lina. Le pellizca con ahínco una nalga. Solita le planta un bofetón y se va taconeando, mientras Peña avanza hacia ellos.

-Me volviste a pisar-

-Ay Lina, discúlpame, debe ser el calor. ¿Por qué no vamos mejor un rato a la terraza?

Ella lo mira con extrañeza

-Bueno. Como quieras...-

En el camino un tipo alto y apuesto, con pinta de deportista universitario, saca con galanterías a Lina a bailar. Alejandro aprovecha para salir en busca de Peña.

-¿Entonces qué papá? Está del putas la rumbita, aunque no tanto como Solita, la hermana de la Lina. Le acabo de coger el culo a la hembra-

-Sí, ya vi eso y no me gustó nada viejo Peña. A ella tampoco-

-Así me gustan las hembras, como fieras-

-¿Cómo se le ocurre hacer semejante cagada? Tiene un tufo asqueroso. Venga lo llevo al baño y ahí al menos se lava la cara-

Alejandro lo coge fuertemente del brazo y lo arrastra.

-¿Qué le pasa huevón? ¿Por qué me anda jalando? Yo puedo ir solito-

-No voy a permitir que usted le falte el respeto a esta casa. Bastante hizo Lina con atreverse a invitarlo. Vamos al baño y después lo acompaño a pedirle una disculpa a Solita -

-Pues así por las buenas nos entendemos-

Alejandro se encarga de que Peña se lave las manos, la cara, se peine y arregle un poco. Al salir del baño se encuentran de frente con Solita y su papá.

-¿Quién de ustedes es Andrés Peña?-

Peña asiente con la cabeza. Alejandro lo mira perplejo.

-Sabrá usted jovencito que nadie lo invitó a esta fiesta y además me contó mi hija aquí presente que acaba de propasarse con ella. ¿Me podría decir qué hace usted aquí si nadie lo invitó?-

-Sí, él fue el que me dijo que había una rumba aquí y que iba a estar buena. Por eso vine-

Alejandro no sabe ni qué decir. Siente que Lina lo va a odiar. Al fin y al cabo ella le suplicó que no le dijera a nadie del colegio sobre la fiesta.

-¿Y se podría saber cuál es su nombre?

-Alejandro Tardelli señor-

-Pues les voy a agradecer a ambos que abandonen esta casa inmediatamente o si no tendré que verme en la penosa obligación de llamar a la policía-

-Sí señor. Pero antes de irme yo sólo quiero que sepan que a éste hampón yo no lo invité-

-Bueno señor Tardelli, ya dijo lo que tenía que decir. Ahora váyase con su amiguito-

Mientras se retira, Alejandro ve a Lina. Ella ni se percata de que lo han echado de su fiesta, pues anda sonriente azotando baldosa con el galancete de turno. A Alejandro le duele pensar en que ella se va a enterar de todo lo ocurrido a través de versiones falsas y que él no va a estar ahí para defenderse cuando lo hagan.

-Usted sí es mucho hijueputa. ¿Cómo se le ocurre decir que yo lo invité si sabe que no es verdad?

-Ay fresco viejo, por qué le da tanta vuelta a esa huevonada. ¿A quién le importa si me invitó la hembra o fue usted?-

-Pues a mí sí me importa porque me hizo quedar como un culo-

Alejandro no aguanta más y la emprende contra Peña. El primer golpe va directo al mentón y el segundo se estrella justo en uno de los ojos, Peña le clava un



directo a las costillas y otro recto al estómago. Alejandro recoge un puñado de tierra del suelo y se lo tira a los ojos. Descarga una rabiosa andanada de golpes que Peña trata de esquivar. Responde con unas patadas que provocan otras de respuesta. Con un puñetazo Alejandro lo tira al suelo. Se le bota encima.

-Ya basta marica, por favor, párele, ya basta-

Alejandro no puede contenerse y le descarga una última patada.

-Esto es para que vea viejo Peña que conmigo no se juega-

Alejandro camina por las calles golpeando las canecas, las latas, las botellas, las piedras, las cajas. La locura de la rumba en Bogotá se manifiesta, pasando en menos de veinte cuadras del bullicioso y festivo espectáculo de los hijos de papi o de los narcos exhibiendo sus ostentosas naves nuevas y el poderío de sus igualmente ostentosos bafles en la muy concurrida y protegida Zona Rosa, a la oscuridad de la peligrosa Avenida Caracas en donde son las prostitutas, los travestis, los mendigos, los gamines, los mariachis con botas de caucho, los porteros dicharacheros que invitan a entrar a los peores antros, las ollas en donde venden drogas y los obreros borrachos que salen tambaleantes de las cantinas, los que se muestran. Esta noche le importa poco y nada lo que pueda llegar a pasarle e incluso siente una extraña clase de placer al descubrir que en medio de la tristeza y de la rabia el miedo desaparece por completo.

Algunos indigentes y gamines le piden un poco de dinero para comer y *un tinto para el frío, monito*. Un montón de travestis y prostitutas suben a una larga fila de taxis, mientras el grupo de mariachis con guitarra en mano reparte y ofrece marihuana y cocaína a todo aquel transeúnte que en carro o a pie pase por ahí. Alejandro tiene oportunidad de excitarse cuando una morena alta que él piensa que no ha de tener más de dieciséis años, con una diminuta minifalda se le acerca:

-Monito lindo, mi amor, venga y lo llevo a una piecita que conozco para que nos toquemos y pichemos bien rico-

Alejandro tiene que hacer de tripas corazón para no detenerse. Tras atravesar la zona de candela continúa raudo rumbo al apartamento. Es la una y media de la mañana. La luz de de María Cristina está encendida y el televisor prendido. Ruega porque se haya quedado dormida. En esas condiciones no tiene ganas de hablar con nadie, ni mucho menos quiere contar cómo le fue en la dichosa fiesta y todo lo que le pasó.

Entrando en silencio logra apagar la lámpara y el televisor. Se va a su cuarto con la intención de dormir. Tras la quietud, el dolor de los golpes recibidos se siente. El recuerdo de la noche le quita el sueño. Tarda en dormirse más de dos horas. En la mañana, despertar le cuesta y son algunos golpecitos en la puerta y la voz entre cantos de María Cristina los que logran sacarlo del letargo.

-Alejandro, ya es hora de almorzar. Pedí una pizza de anchoas de La Napolitana y ya está por llegar. Tu hermano ya está listo-

-Ya voy-

A Alejandro le encanta la pizza de anchoas pero en este momento ni de eso quiere saber. Realmente lo que le gustaría es desaparecer. Mientras se lava las manos y se echa un poco de agua en la cara recuerda el feliz momento en el que todo le iba saliendo a pedir de boca.

-Ya llegó la pizza, no te demores -

No quiere socializar con nadie, pero no hay alternativa. De un momento a otro vendrán las preguntas de María Cristina y Daniel sobre la fiesta. Va a ser bien difícil evadirlas. No siente que esté preparado para contar todo lo que pasó, pero

sí sabe que podría desahogarse. Después de darle un beso a su mamá y un abrazo a Daniel, comienza el esperado interrogatorio.

-Hola mostrenco, ¿Dormiste bien?-

-Creo-

-Parece que la fiesta estuvo larga porque te ves agotado-

-Estuvo larga-

-¿Cómo te fue con Lina? ¿Le gustó el perfume que te recomendé?- Pregunta Daniel.

-Sí-

-¿Y de cómo te fuiste vestido dijo algo?-

-Que me veía más maduro y más grande-

-¿Ves? Te lo dije. Mis consejos no fallan-

-Oye mostrenco, ¿En serio estuvo bien la fiesta? No te noto muy entusiasmado. –  
Afirma María Cristina

-Estuvo bien-

-Contestas a todo con monosílabos. Además te ves triste. ¿Pasó algo?-

Casi sin darse cuenta ni poder parar de llorar, termina por contar todo.

-Pues lo siento mucho, pero te lo advertí. Te dije que no siguieras metiéndote con ese hamponcito, que es una pésima influencia para ti, pero como se te ha vuelto maña llevarme la contraria, ahí tienes las consecuencias.

-¿Ves? no me oyes. Te dije que yo no lo invité y que no quería que fuera. ¿Cierto Dani?-

-No me vayan a meter en medio de una de sus memorables peleas. Tengo cosas mucho más interesantes en qué pensar-

-¿Qué te cuesta reconocerle a mi mamá que fue lo primero que dije?-

-Bueno, ya, eso no importa, que si lo dijiste o no lo dijiste. Yo lo único que realmente quiero mi corazón es que te serenes y te relajés, para que podamos pensar en la mejor solución. Si tú no invitaste a Peña ¿Por qué no tratas de hablar con Lina y de explicarle lo que pasó? Llámala -

-No va a querer hablar conmigo. Ya sabes que su papá me echó de la fiesta y que yo traté de explicarle pero él no me dejó. -

- Dale Ale, mi mamá tiene razón, no tienes nada que perder. Llamas tranquilo, preguntas por ella y de pronto te la pasan-

Alejandro marca el teléfono y mientras suenan los dos primeros timbrazos se ilusiona con la posibilidad de poder aclarar las cosas, de dejar su nombre en limpio y recuperar la amistad de Lina. Del otro lado le contesta la muchacha de la casa

-Casa de la familia Hoyos Acevedo....-

-Discúlpeme. ¿Podría hablar con la señorita Lina?-

-¿Quién la llama?-

-Es Alejandro Tardelli-

- Leandro Tasheli, yo le digo-

-Espere, por favor espere. Mi nombre es Alejandro Tardelli. Soy su compañero en el colegio-

-Sí, eso, Terelli, del colegio. Yo le digo-

Alejandro espera impaciente a que la muchacha regrese con la razón. Siempre le pasa eso con el apellido, nadie se lo entiende a la primera ni a la segunda. La espera se le hace interminable. María Cristina hace gestos, susurra cosas ininteligibles que debería decir. Mientras gesticula pidiéndole a su mamá que no le hable más, Alejandro siente como si hubieran cortado. Vuelve a marcar. Le contesta ahora la voz de un hombre. Es el papá de Lina.

-¿Es usted Alejandro Tardelli?-

-Sí señor. Soy yo-

-Mire señor, no perdamos el tiempo y vayamos al grano. Le acabo de pedir a Dora que colgara, pero usted tuvo la desfachatez de volver a marcar así que me veo en la obligación de interrumpir mi descanso para dejarle claro que no quiero que vuelva a llamar nunca más a esta casa y tampoco deseo que se vuelva a acercar a mi hija-

-Pero señor, déjeme explicarle-

- No, no hay nada que decir. Apenas ayer tuve que pasar por la desagradable experiencia de sacarlos a usted y a su amiguito de mi casa por lo que le hicieron a mi hija Solita-

-¿Hicieron? Pero si yo no le hice nada....-

-No perdamos más tiempo señor. Buenas tardes-

El sonido del teléfono que se cuelga le quita a Alejandro la última esperanza de hablar con Lina.

-¡Que tipo tan grosero! Será muy Hoyos, viajará hasta la cochinchina, jugará mucho polo, será muy de la High Society, pero no tiene la más remota educación.

No te dejó hablar. Mejor que no te sigas metiendo con esa niña. Si así es el padre-

-¿Y Lina qué tiene que ver? Además no te preocupes porque su querido papacito me acaba de prohibir que me le vuelva a acercar-

-Eso sí que es el colmo. Te trató como un delincuente y no le permito a nadie que se comporte así con un hijo mío. Dame el número. A ver si a mí se atreve a portarse conmigo igual-

-No mamá, deja las cosas así. Por favor, te lo suplico-

-Dámelo ya. Yo sé lo que hago-

Y mientras María Cristina marca, Alejandro está que arde. Le molesta haber tenido que darle el número y que otra vez ella haya impuesto su autoridad, actuando en su nombre para salvarlo sin tomarlo en cuenta. Le parece una absoluta falta de respeto cualquiera que sea el resultado.

--.....-

Aparentemente del otro lado de la línea María Cristina no recibe una agradable bienvenida y responde.

-Oiga, un momento señor Hoyos, deje de gritarme. Yo no soy Alejandro Tardelli, soy su mamá y espero que usted tenga alguna noción de cómo debe comportarse un caballero con una dama-

-.....-

-Eso está mejor, le agradezco sus disculpas-

-.....-

-Sí, Alejandro me contó lo que pasó, pero es necesario que usted sepa que mi hijo en ningún momento invitó a la fiesta a Andrés Peña, ni le faltó el respeto a su casa. Él no miente. Y también me dijo que usted le prohibió hablar de ahora en adelante con su hija, algo que me parece un poco exagerado de su parte-

-.....-

-Usted tendrá sus razones, pero me parecen muy arbitrarias. Le estoy diciendo que Alejandro no tuvo nada que ver con ese asunto. Es más, a la salida de la fiesta mi hijo tuvo un pleito con el señor Peña porque le reclamó la forma grosera en que se comportó-

-.....-

-Usted puede decidir lo que le plazca en relación con sus hijos y a mí particularmente me tiene sin cuidado. Así que tranquilo-

-.....-

-Claro, si quiere perder su tiempo llamando al colegio, hágalo. Alejandro no tiene nada que esconder. Buenas tardes-

Tras dar por terminada la conversación, una muy ofuscada María Cristina se despacha a gusto con Alejandro. Está convencida de que va a encontrar solidaridad de su parte.

-Qué tipo tan prepotente y tan pedante el papá de la tal Lina. Mira que le expliqué todo con pelos y señales, pero ni así dio su brazo a torcer-

-Hiciste lo que quisiste, igual que él. Si de prepotencias hablamos, pasaste por encima de mí. Te pedí, te supliqué que no llamaras pero te empeñaste en hacerlo. Ahí tienes las consecuencias. Jamás podré volver a hablar con Lina-



-No me hables así, ni me culpes de cosas que no son. El que no quiere que hables con su hija es él, no yo-

-Sí, pero por ponerte a llamar la terminaste de embarrar. No sólo porque el papá de Lina está más molesto que antes y ahora menos quiere que me acerque a ella, sino porque además me hiciste quedar como un niño consentido y débil que cuando tiene algún problema lo que hace es meterse debajo de las faldas de su mamá a pedirle que lo defiendan-

-¿Y entonces qué se suponía que tenía que hacer? ¿Quedarme cruzada de brazos mientras a ti te tratan mal como lo hizo ese señor?-

-Sí, debiste hacerlo por una vez en la vida. Te lo estaba pidiendo porque quiero ser yo el que decida las cosas que me conciernen, porque estoy intentando ser una persona más segura y no voy a poder lograrlo si todo el tiempo me estás sobreprotegiendo. No necesito que me defiendan-

-Perdóname que disienta, pero si no te hubiera defendido en las innumerables reuniones a las que he tenido que ir al colegio ya te hubieran echado; si no hubiera hecho exactamente lo mismo con la familia te seguirían haciendo la vida de cuadritos, acusándote de todo. Pero está bien, si eso quieres no me vuelvo a meter, resuelve tus cosas solo-

-No empieces a manipular las cosas. Yo no he dicho que no quiero que me ayudes pero sí que quiero que tengas mi opinión en cuenta-

-No uses palabritas como manipular porque yo no estoy manipulando nada. A mí sencillamente me ha tocado hacer el doble papel de papá y mamá y no es una

tarea fácil. A ver si ahora cuando tu papá tenga que hacerla las cosas resultan tan fáciles y tan perfectas como te las imaginas. Voy al baño. Se me quitó el apetito.-  
Mientras María Cristina se va, Alejandro aprovecha para desahogarse con Daniel en voz baja.

-¿Viste? Mi mamá se mete hasta en la sopa-

-Lo hace para ayudarte-, Contesta Daniel.

-Valiente ayuda. ¿A ti te hubiera gustado que en una situación similar te hubiera hecho eso?-

-Claro que no, pero es que a mí no me lo hace porque he sabido ganarme mi lugar y desde hace rato cree que soy capaz de gobernarme solo. Por eso me toma en serio-

-Y entonces, como ha decidido no tomarme en serio ¿Yo me lo tengo que aguantar?-

-No te tienes que aguantar nada, pero haciendo un berrinche te lo vas a seguir aguantando. Y te doy un consejo: no culpes a nadie de lo inseguro que te sientes más que a ti mismo. Y perdóname que no te diga más pero no quiero que ustedes dos me vuelvan a involucrar en una de sus interminables peleas-

Alejandro se queda pensando en lo que le acaba de decir su hermano y aunque le cuesta un poco asimilarlo, empieza a encontrarle razón.

Los demás lo ven como un inmaduro, indisciplinado, rebelde, maleducado, incumplido, vago. Él sabe que ha sabido ganarse esos calificativos. Le es difícil enfrentarse consigo mismo y descubrir que todo lo que le ha venido pasando no es más que la consecuencia lógica de haberse creado esa fama. Se pregunta si no será demasiado tarde para cambiar. El fin de semana se le hace eterno. Cuando ojea acostado de lado sobre el tapete persa de la sala un paquete de revistas de El Gráfico enviadas por su papá desde Buenos Aires, piensa en la sonrisa de Lina con sus dientes de conejo. Los programas de televisión se le van en blanco. Más fuerte es el temor a perder el próximo examen de matemáticas para el que no ha estudiado. En la casa se respira ese tufillo gris que sobreviene a las peleas en el que la fría cortesía, la distancia y las respuestas breves, monosilábicas, pesan muchísimo más que una bofetada. Está tratando de congraciarse con María Cristina, pero los resultados son nulos. Ahí está ella con sus anteojos ovalados, los de la montura de acrílico marrón, sentada frente al computador, en su oficina, concentrada en terminar las traducciones de notas de estudiantes y los documentos legales que cuelgan una a una de ganchos estratégicamente ubicados y valiéndose de cuando en vez de la pila de diccionarios especializados sobre el escritorio.

-¿Quieres que te prepare un café?-

-No. Yo me lo hago-

-Si quieres me encargo de la comida-

-No sé. Después veremos-

Antes de irse a dormir, después de atiborrarse con un enorme plato de Choco Crispies, puesta ya la pijama azul oscura que le regaló la abuela en navidad y que vaya uno a saber cómo perdió un resorte, Alejandro concluye que no le queda de otra más que afrontar lo inevitable.

En el bus, de camino hacia el colegio, a la tortura de los lunes, va pensando en Lina. Mira el enorme cerro de Monserrate y las nubes grises que anuncian el inminente aguacero. Espera verla. Faltando pocas cuadras, con el semáforo en rojo y el robusto chofer sacando el rechoncho brazo por la ventana para atrapar una bolsa de pandeyucas y un kumis, Alejandro se pregunta si Lina cree que él fue el responsable de invitar a Peña a su cumpleaños. Cuando el semáforo salta a amarillo y Aurelio Pataquiva le paga a la vendedora de delantal azul con un billete arrugado, -Gracias mamita-, se responde que sí y que con absoluta seguridad el intransigente del papá le habrá lavado el cerebro a más no poder durante todo el fin de semana para que no se meta con él. Con el semáforo en verde, mientras el conductor estira su mano ennegrecida y grasienta para ofrecerle a la profesora Rodríguez un pandeyuca y ésta le responde *no gracias* con su habitual rictus putrefacto, señal de una pesada descomposición estomacal, Alejandro asume que es mejor decirle que él sería incapaz de perjudicarla. Después de la lenta y triste subida de Espinoza, el caleño del curso que ha tenido uno que otro ataque de epilepsia en clase y que se la pasa en los recreos comiéndose unos sándwiches de mortadela rancia a veces con tonalidad verde que no se le apetecen a nadie, la marcha se detiene de nuevo con el último semáforo en rojo antes de la casa de

Lina. El vendedor de periódicos se acerca con un delantal amarillo y vocea con tono grave el titular del periódico El Tiempo: *Extra, extra, no habrá Mundial 86 en Colombia, afirma el presidente Betancur, extra, extra* y la desagradable noticia le abre a Alejandro una nueva herida. No puede creer que le haya dado justo por vivir en el único país en la historia de los campeonatos mundiales de Fútbol que con la sede otorgada fue incapaz de organizarlo; no sólo le duele porque le encanta el fútbol y se había hecho ilusión con lo de poder verlo en su país, de disfrutar en vivo y en directo las proezas balompédicas de Zico, Platini, Rummenigge y Maradona, los ídolos que desea emular, sino porque además está eso de que la paz con la guerrilla es una utopía, lo de que a todos los colombianos los revisan en las aduanas de los aeropuertos para ver si llevan drogas y eso de que la pobreza y la desigualdad en el país crecen como la espuma.

Y cuando finalmente el recorrido se detiene enfrente de los lujosos departamentos en los que vive Lina, ella no es la que espera. En su lugar está la muchacha del servicio de la familia Hoyos.

-Dicen los papás de la joven Lina que no va a ir en el bus está mañana. Que ellos la van a llevar al colegio-

-Chau linda. Con tanta belleza me iluminó el día-

-Gracias-

-Las que la adornan, princesa-

Mientras el hipnotizado chofer observa hasta el último movimiento de la morena ingresando en el edificio, la profesora Rodríguez manifiesta su molestia.

-Ya Aurelio, arranque el bus y deje sus hormonas en paz. Usted hasta a una escoba con falda le echa un piropo. ¿Qué pensarán los chicos?-

-No sé maestra Rodríguez, que piensen lo que quieran. Sólo sé con una escoba así tendría el piso de mi pieza más brillante que un espejo-

El comentario de Aurelio, atrapado al vuelo por algunos, hace que las carcajadas se sucedan, pero Alejandro no está para risas. Empieza a dolerle la cabeza.

Mientras el pesado vehículo se desplaza soporíferamente por la Autopista Norte inmerso en un trancón interminable de tráfico provocado por un choque y Aurelio Pataquiva demuestra con creces que lo que mejor aprendió en la academia de choferes fue a pitar, Alejandro se devana los sesos tratando de encontrar la forma de acercarse a Lina en el colegio. Justo en ese momento en la calle comienza a diluviar. Observa el movimiento continuado del parabrisas, a algunos peatones con plásticos y maletines corriendo a guarecerse. Oye cómo lluvia y granizo golpean sin cesar la carrocería.

Los gritos estridentes de la muchachada viajera anuncian la llegada al colegio. Alejandro debe salir corriendo del bus e irse pitado hacia el salón para no ganarse una gripa o una pulmonía. En el mismo pupitre de siempre, el primero de la primera fila de la izquierda, está sentada Lina, con una bufanda azul de lana amarrada al cuello, mirando hacia el tablero. De reojo lo observa y luego vuelve a clavar los ojos en el mismo lugar como si no hubiera visto a nadie. Alejandro va a sentarse en un pupitre alejado de ella y mientras la mira observa que, contrario a lo que suponía, está ensimismada, sin rastro alguno de molestia, más bien plácida, serena, como en una nube. Alejandro analiza con extrañeza todo esto

mientras sus compañeros empapados, incluido Peña, del que no quiere ni saber, se acomodan en sus puestos, a la espera de otra más de las tediosas y angustiosas clases de matemáticas de chucha loca. El creciente olor a cebolla fermentada anuncia su llegada. Entra con un paquete de hojas en las manos.

-Buenos días muchachos-

-Buenos días Roque-

-Bien jóvenes, antes de llamar lista, quería recordarles que hoy tenemos la prueba de repaso previa al examen final. Les recomiendo que la contesten con atención ya que ésta es muy similar a lo que les espera la próxima semana, así que ahora podrán darse una idea sobre la dificultad. Les recuerdo a los despalmados del curso que es la única oportunidad que les queda para no perder la materia conmigo. Hoy pueden usar calculadora-

Mientras tiritita en su pupitre, Alejandro siente cómo la mirada del profesor se clava justamente en él. Evade darse por enterado. Roque reparte las hojas puesto por puesto y desplaza con ello el salvaje hedor que luego terminará por instalarse hasta en el más recóndito rincón.

Llega a su pupitre la aromática prueba y por eso Alejandro siente dobles náuseas.

Si el examen final es así está prácticamente perdido.

Contesta sin dificultad la primera de las diez. Las ganas de vomitar sobrevienen con la tercera que directamente no entiende y con la difícilísima cuarta. Salta a la quinta, la que después de múltiples vueltas logra resolver. Con la sexta y la séptima hace todo tipo de malabares sin poder encontrar la respuesta correcta.

La octava no es imposible, pero le cuesta horrores, por lo que no tiene tiempo para enterarse de qué es lo que preguntan la nueve y la diez.

-Listo muchachos, se ha acabado el tiempo, entréguenme sus pruebas-

Roque sale del salón con las hojas. Alejandro sabe que durante el fin de semana debió haberse dedicado a estudiar matemáticas y conoce por qué razones, justificadas o no, no lo hizo. Le parece imposible pasar el examen. Le encantaría que Lina le ayudara nuevamente a estudiar. Lo poco que ha aprendido se lo debe a ella. Durante la clase de geografía, aprovechando la lectura de uno de los capítulos del libro, Alejandro escribe una nota:

*Me encantaría que me dieras la oportunidad de hablar contigo. Yo no invité a Peña. Con el cariño de siempre.*

*Alejandro*

La nota va pasando de mano en mano. Liliana, la mejor amiga de Lina, se la entrega. Lina la mira, la abre y luego plasma algo breve sobre el papel. Su expresión mientras escribe a Alejandro no le dice nada. La respuesta nuevamente va pasando de mano en mano hasta llegarle de vuelta:

*No me interesan tus explicaciones. ¿Por qué no te concentras en la clase y me dejas hacerlo también? Sin rencores.*

*Lina*

La frialdad de la respuesta deja a Alejandro mustio, sin saber qué hacer. Durante el recreo trata de encontrar la ocasión propicia para hablar con ella, pero todo el tiempo está rodeada de amigas. A la hora del almuerzo, queriendo acercarse a Lina por medio de Liliana se encuentra con la desagradable sorpresa de que ella



se ha ido a su práctica con el equipo de voleibol. A la hora de salida ve avanzar a Lina rauda por el pasillo y la sigue. El malón de estudiantes de otros cursos le cierra el paso y hace que la pierda de vista por un instante. Cuando la divisa de nuevo está casi llegando a la puerta. Alejandro corre con todas sus fuerzas para alcanzarla, pero cuando llega se quiere morir. Justo la ve dándole un amoroso y largo beso al tipo con el que bailaba en la fiesta. Luego se sube a su carro. Mientras la feliz pareja arranca, Alejandro siente una palmada en el hombro.

-¿Si ve que todas las hembritas son iguales, papá?-

-Ya viejo Peña, déjeme en paz. ¿No ve que todo lo que me está pasando es por su culpa?-

-Qué va, tómese la con su avena. Yo no tengo nada que ver con que las hembras a esa edad prefieran a los manes así. El tipo ese tiene carro, plata, pinta, está en la universidad, es perfecto para andárselo restregando a todas sus amigas. Para que vaya sabiendo que todas las viejas son unas gasolineras. No se salva ni su adorada Lina-

-Oiga viejo Peña, ¿Por qué no se calla esa bocota? Lina no es cualquier vieja. Se está buscando que le vuelva a dar en la jeta-

-Ya papá, tranquilo, deje tanta violencia. ¿No ve que todo lo que estoy haciendo es tratando de ayudar? Es más, le tengo un plan perfecto para que al menos por un rato se quite esa tusa de amor de encima-

-Ay viejo Peña, no joda. Yo no estoy para planes-

-Está bien, papá. Si lo quiere es ir a llorarle a su mamita por esa vieja yo no lo detengo. Usted se lo pierde. Tengo mejores cosas que hacer-

Mientras Peña camina decidido hacia la parada de buses y busetas, Alejandro piensa en lo último que le ha dicho. Es cierto que podría irse a su casa a derramar lágrimas enfrente de su mamá, pero es lo último que desea hacer. Corre detrás de Peña hasta alcanzarlo.

-Así me gusta. Como todo un varón-

-¿Y cuál es el plan viejo Peña?-

-No pregunte, es sorpresa. ¿Nos pisamos?-

Alejandro y Peña se suben a una buseta con dirección al centro. Durante el recorrido Alejandro se duerme. Es evidente que logra hacerlo por un buen rato porque cuando su amigo lo despierta la buseta se desplaza por la zona de candela de la Carrera Décima.

-A despabilarse papá porque ya llegamos y aquí es mejor no distraerse-

Alejandro no puede creer que al loco de Peña le haya dado justo por meterse en una de las zonas más siniestras de Bogotá. La pobreza del sector es impresionante y por todas partes, entre puestos, quioscos y basura, pueden verse cantidades de mendigos con la ropa roída, gamines sucios metiendo pegante, recicladores con sus carros de balineras rebosantes de basura, prostitutas de ocasión. El olor a grasa quemada de los puestos callejeros de empanadas y el de la gasolina de los carros y buses que pasan sobresale. Alejandro se limita a seguir a Peña rogando porque no les vaya a pasar nada. Poco a poco el ambiente se va poniendo más y más denso porque a Peña le da por meterse en la Calle del Cartucho, el lugar en donde cohabitan los drogadictos venidos a menos y uno que otro expendedor de droga.

Peña parece conocer muy bien el terreno que pisa, pues no sólo mantiene un paso claro y uniforme mientras avanza por las angostas y derruidas calles, sino que va evadiendo el más mínimo roce con los fantasmagóricos humanos que surgen a su paso. Alejandro lo sigue a cortísima distancia y con los ojos bien abiertos. Las calles están infestadas de basura. Grupos de drogadictos desdentados, con la ropa manchada y hecha jirones, salen de todos lados como moscas con otras moscas bailando sobre sus cabezas para ir a reunirse en los más escondidos rincones. Perros flacos y enfermos caminan sobre una exótica combinación de heces de animales y humanos. Alejandro sí había visto antes a personas reunidas alrededor de una adicción e incluso a una que otra persona llevada en fiestas con amigos o en reuniones familiares, pero jamás se había topado con tantos seres capaces de perder por completo su vínculo con el mundo convencional ignorando por completo ratas, basura, hambre, comodidades, familia, logros, objetivos, obligaciones, completamente gobernados por su vicio. Peña se detiene a hablar con un flaco alto y desgarrado de unos treinta años, con los ojos bien rojos, la piel repleta de huellas más que evidentes de un acné mórbido y los dientes entre negros y verdes, manchados por el sarro. Viene con un cigarro prendido armado en un papel que huele como la marihuana que a veces se fuma el tío Antonio en el segundo piso de la inmensa biblioteca del abuelo, cuando le da por ponerse los audífonos y empezar a tocar batería y a cantar acompañando canciones de Fleetwood Mac, Billy Joel y Los Beatles, para olvidarse de la muerte de su papá. A veces Daniel se junta con el tío aportando al asunto su nuevo sintetizador y se ponen a tocar juntos. Allá también hay

marihuana pero en un ambiente bien distinto al siniestro en el que se encuentra ahora. En El Cartucho se oye, más bien, *“si tu no me quieres te corto la cara con una cuchilla de esas de afeitar y el día de la boda te doy puñaladas, te arranco el ombligo y mato a tu mamá”*.

-¿Tones qué Maromero? Éste es Alejandro, un amigo del colegio ¿Andará por ahí El Piraña para comprarle un toque? Estoy que me fumo-

-Qué va, al mancito lo retiraron.....-

-¿Cómo? ¿Qué pasó?

-Pues como lo oye parcerero. Ayer al man le dieron chumbimba y lo dejaron con los pies por delante por jugársela chueca al jefe. Ahora que el Pirañita se fue pal' otro patio yo quedé a cargo-

-Tenaz. ¿Y cómo fue que lo quebraron?

-Acuchillado mijo, justico allá, en esa pared. Le clavaron veinte enchufadas bien tesas. Por poco y le toca ver la sangre fresca loco, pero la limpió la tomba de la calle con la misma manguera con la que nos bañaron esta mañana. Por la muerte de ese man nos tuvieron pregunte que pregunte, que si esto que si lo otro llave y se llevaron a unos cuantos. Tenaz loco, qué boleta. Menos mal y nosotros ya habíamos encaletado todo-

-Así que esto está que arde-

Sí parece, pero frescavena que si su amigo el mono y usted quieren un plon yo les regalo esta patica y les vendo toda la baretica que quieran-

-Va pa esa papá. Denos un quinientos-

-Pues pase el billetico y voy por ella-

-Listo parcero, aquí hay mil. No se olvide del cambio que lo necesito y aquí le doy la liguita. Ah, y deme entonces la patica-

-Aquí se la dejo pa' que la gocen de bacanería-

-Listo pelao va pa' esa-

Mientras el Maromero se pierde de vista yendo a saltos como un gato sigiloso en un callejón oscuro, Peña aspira con devoción el cigarro que éste le legó. Le da varias caladas, tose un poco y se lo pasa a Alejandro-

-Está bien buena esa bareta bacán, ¿Sí pilla? Cójalo así, aspire hondo, aguántese sin botar el humo lo más que pueda y verá cómo esta vaina lo pone a volar-

Alejandro sigue el consejo, aspira sin concesiones. Tras la aspirada le empieza a dar una tos fuerte y eso hace reír a Peña que parece ser un experto.

-Uy papá pa' ser su primero qué plonsote se metió. Con esa tos que le dio lo que va a quedar es en una troncha-

Pasado un rato Alejandro piensa que no siente nada aparte de un poco de relajación. La preocupación se le ha disipado por completo. Mira a su alrededor a toda esa gente reunida metiendo bareta o bazuco y piensa, plenamente reconciliado con la vida, en que en todas partes puede encontrarse personas buenas, nobles y en que las apariencias engañan. Aunque el Maromero se vea más temible que El Comodín o El Acertijo de Batmán, haciendo esos movimientos exagerados con las manos y la boca que lo hacen semejante a una monstruosa marioneta, parece que terminó siendo un gran tipo.

-Qué man, ¿Ya le cogió la troncha?-

-No viejo Peña. Yo me siento igual. Sólo más tranquilo.-

Peña se le acerca, le da un abrazo que más parece una llave de lucha libre mientras le revuelve el pelo.

-Eso me gusta papá. Que no se coma el coco pensando en esa niñita consentida. Estará buena la hembra pero también se cree la verga. Las buenas son las malas. ¿Sí ve que por la Lina casi dejamos de ser amigos?-

-Claro, claro viejo Peña-

La simple mención de Lina lo obliga a recordar todo eso que por un instante alcanzó a olvidar y entonces revive por enésima vez la imagen de Lina besándose con el novio. A lo mejor Peña tiene razón y en que lo que realmente necesita no es conseguirse una de esas niñitas bien que se parecen tanto a sus papás, sino una vieja bien loca y recorrida, como esa holandesa punk de dieciocho años que Peña metió a escondidas al hotel, para luego hacerle de todo, cuando estuvo un mes de vacaciones con la familia en Miami. Al menos eso le contó a Alejandro.

A medida que transcurren los minutos y va empezando a oscurecer, Alejandro siente que el corazón le late muy a prisa. De todas partes siguen saliendo drogos y más drogos. En algunos casos hay falta de dientes, en otros un aspecto cadavérico. Varios tipos inyectándose, otros más queman con encendedor una cuchara con algo que parece hervir adentro. Huele como a caucho quemado.

-Viejo Peña, ¿Dónde estará su amigo el Maromero? Hace como una hora que se fue. A ver si nos vamos de acá. Deberíamos pedir un taxi-

-Un taxi, mucha güeva Alejandro ¿En qué mundo es que vive? ¿Cree que un taxista se va a venir a meter acá para que le roben todo? ¿O que vamos a ir donde esa gonorra que está chuteándose con la jeringa para pedirle que cuando

acabe nos preste el teléfono de su mansión? Lo peor de todo es que yo le di al Maromero toda la plata que tenía.

-Tranquilo viejo Peña. Si es por eso yo le presto, pero vayámonos rápido de acá-

-Ya deje la tembladera y esperemos. Ese malparido seguro llega-

Para completar el clima tenso, se ven varios carros de policía que dan una que otra vuelta para monitorear el sector y por todo lo que ha oído Alejandro sobre la institución encargada de velar por la seguridad en Colombia no sabe si alegrarse o más bien preocuparse. Justo en ese momento reaparece por detrás de ellos El Maromero acompañado de cinco amigos, para nada agraciados, que forman un círculo alrededor de Peña y Alejandro. Cada uno tiene una navaja en la mano.

-¿Con que yo soy un malparido, ah? Pues pa' que vea que no pude conseguirles la baretica que pidieron pero sí traje a estos parceritos míos que se mueren por tener Adidas como los de ustedes. Rapidito, bajándose de tenis-

-No man ¿Cómo nos va a hacer eso? No ve que yo era amigo del Piraña y que siempre he sido legal con usted-

-Me vale una verga que usted haya sido amigo de la Piraña porque a ese man ya lo cocimos a navajazos y si no quiere que hagamos lo mismo con ustedes vayan quitándose las lanchas saquen la plata y los relojes, rapidito parceros que no tengo todo el día. Ahora el que manda soy yo-

-Sí viejo Peña, hagámosle caso al Maromero-

-Eso monito, así me gusta que nos vayamos entendiendo. Chigüiro, Manopla, Cara de Cárcel, Plástico y Alacrán, recíbanles los regalos a los muchachos-  
Peña y Alejandro se van quitando los zapatos, luego los relojes y los entregan.

-¿Y la platica dónde está parceros?-

-Ya Maromero, déjenos sanos, no ve que le di el único billete que tenía-

-Sí, eso ya lo sé, pero no qué tiene su amigo el monito. Seguro el mancito tiene billete para invitarnos a unas cervezas-

-Ya Maromero, no ve que es lo único que nos queda para irnos a la casa-

-¿A mí qué me importa? Aquí no hacemos caridad. ¿Quién los manda culicagados de mierda a jugar a hacerse los valientes y meterse aquí?

Agradezcan que esta vez nos pasamos de buenos y no les hicimos la vuelta completa con chuzada incluida. Manopla, vaya y recíbale la plata al monito. No se le vaya a caer porque está que se caga-

Estira la mano con toda la plata que tiene buena parte de la cual estaba destinada a comprarle a su mamá unas medicinas.

-Ahora piérdanse de acá pirobos y cuidadito con andar diciéndole algo a los tombos porque ahí sí que los vamos es quebrando-

De regreso a la Avenida Caracas, después de haber pasado medio Cartucho a tientas y a locas rogando por no encontrarse con unas lacras peores que El Maromero, Alejandro y Peña caminan bien de prisa. Los dos van mirando hacia el suelo para evitar cortarse con algún vidrio o meter los pies entre un charco, cuando en medio de un descuido, se aterran ante la carrera de una rata enorme que casi los roza.

-Uy viejo Peña qué cagada. Literal-

-¿Qué pasó?-

Pisé mierda. Y está toda mojadita. Pura diarrea-



Luego Alejandro no aguanta más y vomita copiosamente. Se encarga en el proceso de mancharse el saco del colegio mientras la carcajada continua e interminable de Peña se oye hasta en la cochinchina.

-Fresco papá. Dicen que pisar una cagada es una señal de buena suerte. Uy, esta mierda sí que apesta y la vomitada también. Si lo cuento nadie me lo va a creer-

-Pues véase no más la media viejo Peña, parece que la diarrea se repartió por mitades-

-No marica, nosotros sí que estamos salados. Oiga mijo ¿Será que esta mierda es de un perro o de un parcero?-

La pregunta de Peña a Alejandro le divierte, empieza a reírse y no puede parar. A Peña se le pega la carcajada que se hace a dúo interminable. Algunos de los transeúntes que pasan los miran con preocupación, otros con curiosidad, no falta tampoco el que se ríe mientras hace gestos de que ellos están locos, pero a Alejandro no le importa. Ya demasiado ha pasado en un día para venir a preocuparse ahora de lo que piensen otros.

-Oiga viejo Peña ¿Qué hacemos? No podemos seguir andando con una media untada de mierda y apestando, pero tampoco tenemos un peso para tomar un taxi o un bus. ¿Tiene una de sus brillantes ideas?-

-Pues creo que tenemos que esperarnos a que pase un bus bien lleno. Nos vamos colgados, nos hacemos los pendejos con el pago y hasta donde lleguemos-

-¿Y si el chofer se da cuenta?-

-Pues corremos lo más rápido que se pueda. No nos queda de otra-

Así que cuando pasa una buseta repleta y que va justo en dirección a sus casas, Alejandro y Peña la toman. Van colgados y descalzos, pero felices porque finalmente están fuera de la temible zona de candela y vivos. Cada vez que el bus se detiene, los dos se bajan, esperando a que se suba más gente para luego continuar colgados sacando buena parte del cuerpo afuera del bus, mientras el frío se les cuele por los huesos. Otra vez el destartalado vehículo se detiene.

-A ver a ver el monito y el Chómpiras, vayan pagando el pasaje que aquí nadie viaja de gorra-

Peña y Alejandro están distraídos y no oyen la amenaza del robusto y bigotudo chofer que con varilla en la mano y ombligo a la vista coge a Alejandro del cuello de la camisa.

-Así que sordos los sardinos ¿Es que no me van a pagar o qué?-

Peña le pega un golpe en el estómago. El conductor lo suelta y huyen. Y bajo la lluvia de insultos proferidos por el chofer, Alejandro y Peña corren hasta que pierden de vista el bus. Luego vuelven a caminar. Se miran los pies. Ambos están cortados.

-Sí ve papá, le salvé el pellejo con el marrano del chofer. Me debe una-

-Claro, con esa apenas compensa la embarrada con lo de la fiesta de Lina-

-Le hice fue un favor al librarlo de una culigada tan consentida. Más bien agradezca-

-Lo haré el día que me presente a su amiguita la punk-

-Ni lo sueñe papá. Esa es para mí solito. ¿Por qué mejor no le cae a la Vanessa?-

-¿Está loco viejo Peña? ¿De dónde sacó esa idea tan absurda? A ella le falta un tornillo-

-Vea papá, eso es justamente lo que le conviene. Una loca como ella. Absurdo sería que usted siguiera embobado detrás de esa hijita de papi-

Aunque no están demasiado lejos de sus casas, las carreras y caminatas por las descuidadas calles con los pies descalzos, les hacen largo el recorrido que transcurre repleto de quejas.

-Qué gonorrea, marica. Estoy lleno de heridas-

-A mí ni me diga huevón. Los pies me sangran por todos lados-

-Sí ve papá. Yo le dije que hoy nos la íbamos a pasar del putas-

-Bueno viejo Peña, yo por aquí cojo. Hasta mañana en el colegio-

- Listo, tones nos vidrios-.

Alejandro llega al edificio hecho una porquería pero también muy agradecido de haber podido conservar las llaves y la vida. Pasa sigiloso frente a la puerta de Flor, la nueva portera que ha adquirido gran fama de chismosa. Pide el ascensor. El armatoste se demora, pero al fin llega y sin nadie adentro. Mientras sube en el viejo Stahl del 57, ruega porque a María Cristina no le haya dado justo por estar cerca de la puerta. Tendría que justificar su entrada sin zapatos, la desaparición del reloj y del dinero que ella le dio para comprar medicinas y por qué tiene los ojos tan rojos. La noche podría convertirse en un sermón. Abre la puerta con cautela.

-Hola chinazo-, dice Daniel. -¿Por qué vienes descalzo?-

Alejandro habla lo más bajo que puede.

-¿Por qué va a ser? Me atracaron. Me bajaron los tenis, el reloj, la plata y por poco me matan, bueno, nos matan-

-¿A quiénes? ¿Con quién y dónde estabas?-

-Casi nos dejan sin huevas a Peña y a mí en El Cartucho-

-¿Te metiste en ese hueco con el gañán de Peña? Claro, seguro fueron a meter bareta y por eso es que tienes los ojos rojos y totalmente en la mierda. Menos mal que a mi mamá le dio por salir a comprar algunas cosas para el viaje de mañana a Cartagena-

-Ya deja el tonito de regaño que tú tampoco eres una mansa paloma. No creas que no me he dado cuenta que a veces fumas marihuana con mi tío Antonio.

Bonito el ejemplo el que me das. Claro, como mi mamá no te jode-

-No me vengas con comparaciones, ni a hacerme responsable de tus cagadas. Y cuidadito le dices algo de la bareta a mi mamá. Ahí sí te capo-

-Tampoco me creas tan huevón. Cómo se te ocurre-

Bueno, ya sabes. El caso es que con Antoñito a veces nos metemos un porro, pero no se nos ha ocurrido hacerlo justo en el sitio en donde mínimo, si nos va bien, nos rompen el culo. A propósito ¿No te habrán dado por el chiquito?-

-No me vengas con pendejadas que ahora no estoy para chistes-

-Ya, ya, fresco, no te la voy a montar. Más bien cuéntame qué pasó-

Mientras en la cocina Alejandro pone a calentar algo de agua para meter los castigados pies le cuenta a Daniel con pelos y señales todo lo acontecido. Su hermano lo escucha atento, risueño, solidario. Luego colabora encargándose de prepararle el balde, probando la temperatura, agregándole agua fría para que por fin esté a punto. Por un momento, Alejandro piensa que aunque él y su hermano no se parezcan mucho en su forma de pensar y en ocasiones peleen por estupideces, siempre ha sido una bendición tenerlo cerca.

Hubo épocas no muy lejanas en las que los dos llegaron a ser uña y mugre, como en las numerosas ocasiones en que acordaron capar colegio y se fueron juntos, desde las siete de la mañana, hora en la que empezaban la jornada llenándose de pasteles de carne, de pollo, de manzana en una pastelería cercana a la casa para a continuación arrancar hacia la Caracas o hacia el centro en donde se dedicaban

toda la mañana y buena parte de la tarde a jugar bolos, billar o pingpong. A veces aparecían algunos amigos del barrio que andaban en las mismas y se organizaban competitivos y divertidos torneos. Alejandro siente mucho que Daniel haya cambiado tanto desde que María Cristina le permitió dejar el colegio para dedicarse tiempo completo a la música y que ya no sean tan amigos.

Ella, desde que empezó con la música, lo apoyó y creyó en él, pero Daniel vino a toparse con la oposición más dura, la de Marcelo. Hubo un clima tenso en las relaciones entre María Cristina y Marcelo luego de que él llamara desde Buenos Aires a regañar a Daniel cuando a través de una carta se enteró. Le dijo que le parecía increíble que no le hubiera consultado, que era una decisión absurda dentro de las muchísimas decisiones absurdas que solía tomar su ex esposa.

Aunque Daniel trató de defender su punto de vista, no le fue fácil y se sintió muy mal con lo que dijo su papá. Luego vendría un choque de trenes.

Alejandro admira a Daniel y se alegra que las cosas le estén saliendo en grande mucho más rápido de lo esperado. Le parece increíble que al borde de cumplir diecisiete años esté a punto de empezar a grabar con una reconocida casa disquera internacional el primer disco de su grupo y le agrada que le hayan hecho un montón de entrevistas en televisión, en radio y en revistas, que todas las niñas de su colegio sepan quién es y vengán a preguntarle por el disco que va a sacar o por los conciertos que va a dar, pero no se alegra de que de un momento a otro su hermano haya tomado tanta distancia, de que casi nunca esté en la casa y a veces ande dándose las de que le llueven las viejas o de que se la pasa en todos los bares y discotecas de moda siendo menor de edad, haciendo sentir a

Alejandro como si fuera un niño inmaduro que no sabe nada de la vida. El caso es que ahora están pasándola bien juntos y es lo único que importa.

-Mira Ale, ya está lista el agua, pero apúrale a remojar los pies y vete a bañar. Es mejor que mi mamá no se dé cuenta de nada.-

-Igual se va a enterar. Como me robaron la plata para comprar las cosas en la farmacia ten por seguro que me va a capar-

-Fresco. Dame la lista y por esta vez de eso me encargo yo-

-Gracias Dani, te la debo. Apenas tenga la plata te pago-

-No te preocupes por eso. Para eso estamos los hermanos. A ver si el jueves de la próxima semana me acompañas a uno de los ensayos del grupo-

-¿En serio?-

-Seguro. Va a ir el tío Antonio porque ese día lo vamos a probar como baterista. Después podemos pasar un tiempo los tres y así dejas de pensar pendejadas como esa de que los dos no queremos estar contigo.-

Mientras Alejandro se baña revisa todo lo que le ha acontecido durante el día y se enfrenta a esa colección de imágenes dispersas que no sabe cómo asimilar, cómo encajar. Algunas veces sueña con ser futbolista, otras con convertirse en un famoso comentarista deportivo o con dedicarse al periodismo o a escribir, a veces cree que mejor sería tener un restaurante o un bar o pasársela de embajada en embajada como el abuelo. Incluso ha llegado a metérsele en la cabeza que también podría ser uno de esos actores porno de las revistas Macho españolas que el tío Antonio esconde en un baúl, ya que los tipos parecen estársela pasando muy bien.

Alejandro viene saliendo del edificio que queda justo enfrente del paradero cuando ve pasar a toda velocidad el bus del colegio. Es sabido que a Aurelio Pataquiva no se le puede pedir que se detenga porque es un auténtico desafío para la única neurona que le queda y esta ocasión no es la excepción. Por eso Alejandro tiene que correr por entre los carros para atravesar los dos carriles de la carrera Séptima y luego seguir corriendo con la mirada atenta a la trayectoria del bus para no perderlo de vista, además de esquivar los peatones que surgen a su paso. Al llegar al semáforo casi alcanza el bus, pero entonces éste cambia a verde y Aurelio acelera justo cuando a Alejandro le faltan sólo unos pasos para lograr el objetivo. Finalmente consigue llegar sin parar de correr y gracias a que, por fortuna, en la siguiente cuadra el tráfico se ha atascado y ha obligado al bus a detenerse. Un jadeante Alejandro golpea sin descanso la puerta cerrada, pero Aurelio va oyendo sus vallenatos a alto volumen y los va cantando a voz en cuello porque se los sabe todos.

-La herida que siempre llevo en el alma no cicatriza, inevitable me marca la pena, que es infinita-

-Aurelio, Aurelio, por fa, ábrame.-

-Quisiera volar muy lejos, muy lejos, sin rumbo fijo-

Finalmente es la espeluznante maestra Rodríguez la que logra sacar de su ensoñación al tenor y entonces la puerta se abre.



-Aurelio, ¿Qué le pasa? Sólo me faltaba atravesar la calle para llegar al paradero y usted arrancó como un bólido sin mirar. Llevo persiguiéndolo cinco cuadras-

-Yo ya les dije monito que si no están en el paradero cuando llego les toca irse en buseta. En después al que la directora se la termina montando en el colegio es a mí-

Alejandro se va a sentar exhausto y con la bronca viva, aparte del fuertísimo dolor en los pies que se carga, ya que la carrera para alcanzar el bus le abrió las cortadas que se hizo con las piedras y los vidrios saliendo de El Cartucho.

Vanessa, la hippie del curso, se encuentra parada justo enfrente de su puesto. Como siempre lleva un walkman en el cuello del que se desprende el sonido de una canción de Bob Marley, la falda algo arrugada y mucho más arriba de lo acostumbrado. Exhibe las esplendorosas piernas morenas que a Alejandro le encantan y sus larguísimas trenzas tipo Jamaica.

-¿Me puedo sentar aquí?-

-Por supuesto-

El bus viene casi vacío y ella ha decidido sentarse justo con él.

-¿Sabes por qué vine a sentarme contigo esta vez?-

-No, no tengo ni la más remota idea-

-Pues porque quería mirar más de cerca esos ojos tan divinos que me vuelven loca-

-Y yo tus piernas-

-Peña me estuvo hablando de ti. Dijo que Lina se puso terrible con ustedes. ¿Qué planes tienes para esta tarde?-

-Tengo que ir a despedir a mi mamá al aeropuerto, porque se va a visitar una amiga en Cartagena y luego voy a ponerme juicioso a estudiar la tarde y la noche entera matemáticas porque tenemos examen. ¿No te acuerdas?-

-Sí claro, Alejandro el estudioso y yo soy la virgen María. No nos digamos mentiras Alejandrino que así como vamos en matemáticas ni estudiando veinte horas seguidas vamos a pasar-

-Menos si cada vez que hacemos un ejercicio se nos viene a la mente el hedor de Chucha Loca. Eso no inspira a nadie-

-Exacto. Así que más bien deberíamos aprovechar el día de mañana para hacer cositas más divertidas-

-¿Cómo cuáles? ¿Qué sugieres?-

-Pues mira que como tu mamá se va a ir de viaje yo podría llegar después del colegio a tu casa con unas cervezas, algo de música y comida. Te confieso que por las tardes me aburro un montón cuando no tengo un amigo que me entretenga y sé que contigo tengo esa parte garantizada-

-Trato-

Cuando Lina sube al bus, Vanessa pone su brazo alrededor del cuello de Alejandro. Mientras Aurelio Pataquiva avanza por las calles al son del vallenato y la maestra Rodríguez ronca sin recato, Vanessa comparte con él la música del walkman en el que va oyendo a Bob Marley.

Durante el resto del día Alejandro no puede pensar en otra cosa que en Vanessa y por eso las clases se le pasan en blanco, topándose en ocasiones con la mirada y la sonrisa de ella que desde la mañana no le quita los ojos de encima.

A la salida del colegio, luego de acompañar a María Cristina al aeropuerto y comprometerse a tener un buen comportamiento durante su ausencia, Alejandro arranca hacia su casa para prepararse. Vanessa parece ser más lanzada, desenvuelta, quizás más experta que Lina.

Le molestan demasiado los resortes saltados por todo el asiento, el tráfico está atascado y hace aproximadamente quince minutos que el destartado taxi no se mueve un ápice del semáforo.

-Oiga parcerero, ¿No me va a dar la liguita?

En la calle también está la señora embarazada de ruana gris con un bebé en uno de los brazos mientras con el otro extiende tres paquetes de Frunas al conductor del Renault. Un hombre vestido de payaso vende almuerzos.

-No se pierda el riiiiicoooo, riiiiicoooo almueeeercito, el más freeesco apetitooooo y deeeelicioso, capaz de cacturar el paladar más etxigente.

¿Soooooopita de cebada perlada para la amada? ¿Juuuuuguito de piña para la niña? Y qué me dice el caballero la bandejita con aguagatico choricito frijolito carnita arrocito y huevito? Nooooo se diga más. Siga por aquí no más daaaamita- Es uno de los días en los que Daniel tiene ensayo con el grupo y que en eso suele entretenerse un buen rato. Más tiempo para estar en los brazos de Vanessa.

Lina todas las semanas saca boletín blanco de excelencia para que lo firmen encantados sus orgullosos padres e iza bandera como reconocimiento a su magnífica conducta, compañerismo, excelencia académica y limpieza. Vanessa, como él, se estaciona entre los boletines amarillos y azules. Deja de hacer las tareas o de estudiar para los exámenes; nunca mantiene limpio el uniforme,

brillados y amarrados los zapatos; toma las clases de ruana; se burla con letras vulgares del glorioso himno de la patria y del representativo del colegio. Para su fortuna, sus padres son unos hippies encantadores que se la pasan en la luna y que jamás asisten a las reuniones de padres. Por poner otro ejemplo, Vanessa se rió con el concurso de pedos y eructos que organizaron con Peña en el recreo en el que compitió muy seriamente en la categoría de los primeros con uno que prorrumpió largamente y con nivel de agudeza digno de una artista. Alejandro piensa que a lo mejor Peña tiene razón y lo que él necesita no es una niña buena sino una mala.

El rechoncho y moreno brazo tatuado del bigotudo y calvo conductor anda asomado por la ventana, con un cigarrillo encendido y mientras suena el radio con un programa deportivo no tiene empacho en hacer girar su cabeza ciento ochenta grados para observar con detenimiento los cuerpos de las secretarias que salen taconeando de las oficinas del centro que suben a los buses o a los taxis de sus colegas, a los que acompaña no sólo con la mirada más descarada y lasciva, sino que a ésta le añade una colección de elegantes piropos que se niega a dejar de compartir con su pasajero. Pasa una rubia oxigenada con medias veladas y blusa negras, traje sastre y zapatos rojos.

-Uy mamita. Quién juera mantequilla para derretirse en su arepa-

Cuando sale otra colegiala, el taxista continúa inspirado.

-Si como lo mueve cocina, yo me como hasta el raspao. Mucha hembrota, ¿Cierto mono?-

-Ya hombre, párele con eso. Le gustan todas-

-No se haga monito. También es varón. ¿O es que se le moja la canoa?-

-Cómo se le ocurre. Tengo una mujer muy especial en quién pensar-

-No pues. Comiendo delante del pobre. Lo felicito. Oiga monito, ¿A usted le gusta el fútbol?-

-Sí, claro, me encanta-

-¿Y a quién le va en la Libertadores? ¿Al América o al Cali?-

-Al Cali, pero creo que el América va a ganar. Tiene más nómina y experiencia. Gareca, Cabañas, Falcioni, el viejo Willington-

-Qué va, eso Redín y Valderrama le van a untar ese balón a esos manes, va a ver monito. Puro toque toque y mucho gol así como se hace con las hembras-

-No le he contado, pero yo quiero ser futbolista. Estoy tratando de conseguir una prueba. En estos días me avisan-

-¿Y en qué posición juega?-

-Me muevo de delantero o de puntero izquierdo-

-Pues suerte. Que haga hartos goles-

Finalmente los carros empiezan a moverse. No falta mucho para llegar a su casa. El recorrido por la carrera Séptima no tarda más de cinco minutos.

-Gracias monito. Aquí lo dejo donde me dijo. Le dejo mi tarjeta por si se le ofrece a alguna vuelta o a su honorable progenitora. Y a hacerle fuerza a la amenaza verde esta noche, ¿Oyó?-

-Tras bajar y despedirse, Alejandro mira la carta de presentación que el taxista le acaba de dar, cuyo nombre aparece en letra pegada y dorada. Airmail Osorio. Todavía está riéndose de la creatividad de los padres del conductor para poner

nombres, mientras escarba los bolsillos para encontrar las llaves y abrir la puerta de vidrio, cuando por detrás de él aparece Vanessa.

Alejandro la ve reflejada en el vidrio con el uniforme del colegio, la chaqueta azul encima, la maleta roja tipo morral, las pulseras de hilo que le ocupan medio brazo, el pelo Rasta. Se voltea.

-¿Tú aquí?-

-Sí, sabía que ibas al aeropuerto y que podías demorarte un poco, así que para ganar tiempo me fui a conseguir las cosas que necesitamos para nuestra fiesta.

¿No me vas a dar un abrazo de bienvenida?-

Alejandro la abraza, recuesta la cabeza sobre sus hombros, se concentra por primera vez en el olor azucarado e indefinible que le sale del pelo. El abrazo se hace largo.

-No debiste haberte molestado en traer las cosas. Podríamos haber ido a comprarlas juntos y así no hubieras gastado tanto-

-Pienso que si tú pones la casa, yo debo poner lo que falte. Además, la verdad no quería que perdiéramos tiempo valioso con compras-

Alejandro traga saliva. La combinación entre el evidente tono pícaro y la cara de descaro de Vanessa lo sacude. Se fija en sus orejas descubiertas, aún sin agujeros.

Le abre la puerta. Extiende un brazo.

-Bienvenida a tu casa-

-Gracias Alejandrino, pero qué bonitos los cuadros y todas estas cosas. Son de Egipto, ¿Cierto?

-Sí, mi mamá estuvo viviendo en El Cairo casi cuatro años con el abuelo, la abuela, mis tres tías y mi tío-

-¿Y eso?-

A mi abuelo lo nombraron embajador de Colombia allá-

-No pues, tan pinchao. No sabes lo que me interesa saber de todo lo que tenga que ver con los egipcios. Es como una obsesión para mí-

-Entonces le vas a caer muy bien a mi mamá. Claro que si le preguntas sobre El Cairo ahí te puede tener tres días seguidos contándote. Te hablará de los camellos, las pirámides, las costumbres, el calor y de la vida diplomática. Te vas a sentir allí-

-Qué bacano que sería conocerla. A ver si me la presentas. Oye, ¿Dónde pongo las cosas?-

- Ven por aquí, vamos a la cocina ¿Y qué fue lo que trajiste?

-Algo de música, The Doors, Queen, Pink Floyd, Led Zepelin; Coca Cola, ron y limón, cigarrillos, papas fritas y maíz pira para que no nos caigan mal los tragos y una sorpresita rica que es con lo que vamos a empezar. Lo único que sé de matemáticas es que el orden de los factores sí altera el producto ¿Tienes un colador y un plato hondo?-

-Sí tengo, pero ¿Para qué los quieres?-

-No preguntes tanto. Ya vas a ver, a sentir-

Alejandro le acerca el pedido y ve cómo ella saca del bolsillo de la falda una bolsita de marihuana y una pipa artesanal.

-Nada mejor para empezar una rumba que un buen toque. Esta se la saqué a my adorable father-

Vanessa agarra el plato, lo pone debajo del colador y empieza a restregar la marihuana dentro de él hasta que se convierte en una abultada montaña construida con un polvito verde.

-Yo creo que mejor lo armo en un cigarrillo. Somos dos-

- Uy Vanessa, yo no sé si sea buena idea. Ayer probé por primera vez de de esto con Peña y con muy poquito me puse reloco. Me dio una risa que no podía parar. Ya serían dos días seguidos-

Vanessa se hace la desentendida y no se detiene, desocupando el cigarrillo en la caneca de la cocina. Acto seguido lo llena con el polvo verde mientras Alejandro observa con atención. Con el papel hace un cuidadoso tornillo en la punta.

-En una traba todos los sentidos se agudizan, la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, es un viaje. Y eso que todavía no he probado los hongos. Mi papá y mi mamá me dijeron que para mi cumpleaños me van a llevar a mi primera hongueada.-

-¿Tus papás?-

-Sí, son una nota. Protestaron contra la guerra de Vietnam, recorrieron todo Estados Unidos a dedo haciendo auto stop. Hace cinco años que tienen una tienda hippie en la 82, Fauna Exótica, y todos sus amigos metelones les compran pipas, papeles, pulseritas.

-¿Cómo éstas que llevas puestas?

Exacto, de allá son. ¿Tienes como poner música en tu cuarto?-



-Sí, claro. Sólo que es muy chiquito. Era el de la muchacha. Yo lo elegí para estar más independiente, además tiene muy buena vista y baño. Sólo que tendríamos que acomodarnos en la cama camarote-

-Qué bueno. Vamos a estar muy cómodos y podemos abrazarnos bien rico.

Llevémonos todo para allá-

Todo lo que con las otras niñas es un lío con Vanessa es liviano, libre.

-¿Así que éste es tu cuarto? Está tremendo. ¿Cómo le hicieron para acomodar todas las cosas, el escritorio, el closet, la cama, la escalera, la música, en tan poco espacio? Se ve muy bien-

-Un día llegué de unos días de vacaciones en una finca y me lo encontré así.

Antes, cuando tenía una cama tradicional, casi ni cabía y me vivía dando golpes en las piernas con la base-

Vanessa parece muy decidida a acomodarse en la cama. Sube la escalera y se sienta en ella.

-Oye, qué buena vista tienes. ¿Ponemos música?-

-¿Qué casete de los que trajiste quieres?-

-Pon el de Led Zepelin que empieza con Stairway to Heaven. Ya veremos si subirme a la Stairway me conduce al Heaven-

Alejandro pone a sonar el casete, sube y se sienta junto a ella. Los dos deben agacharse. Vanessa prende el porro, aspira fuertemente tres veces y se lo pasa a él que hace lo mismo y se lo devuelve. El cigarro va pasando de mano en mano, de risa en risa y de tos en tos. Alejandro siente que el efecto le ha pegado duro ya que con la música está como entre algodones. Abraza a Vanessa, coge una de

sus manos. Se besan, se abrazan, se tocan, forcejean entre sí. Vanessa abre su blusa y conduce su mano hacia sus pechos. Alejandro está tocando uno por primera vez. Siente su suavidad y redondez. Entonces Vanessa vuelve a tomar la posta pero ahora se encuentra abstraída, sumergida en la canción, acompañando la melodía de la música con su voz y esperando a que termine la parte instrumental del inicio para empezar a cantarla acompañando la voz de Robert Plant, mientras el humo aún se dispersa por el aire.

*- There's a lady who's sure all that glitters is gold*

*And she's buying a stairway to heaven-*

Vanessa apaga el porro. Alejandro está feliz, no le tiene miedo a nada. La abraza, ahora con más firmeza. Entrelazan los dedos, juegan un poco con ellos, se ríen. Ella le hace una clara invitación a que la toque entre las piernas y la recorra.

*- With a word she can get what she came for-*

Nunca antes había desvestido a una mujer. Le tiemblan las manos. A Vanessa parece no importarle demasiado su torpeza. Se despoja de la prenda y la arroja del cielo al suelo.

La piel oscura se eriza al contacto de la yema de sus dedos. La cicatriz de la operación de apendicitis en su estómago se deja besar. Alejandro toca las piernas, la boca, la lengua, las nalgas.

*-There's a feeling I get when I look to the west*

*And my spirit is crying for leaving-*

Vanessa va improvisando por el camino, los besos largos, húmedos, la lengua que recorre con destreza su cuello y sus orejas, el lento trasegar de sus dedos por los brazos, por el pecho, por las piernas, por todo el cuerpo.

*-Yes there are two paths you can go by*

*But in the long run*

*There's still time to change the road you're on-*

-Oye Alejandrito ¿No tendrás un preservativo? Supongo que no quieres ser papá pronto-

-Fíjate qué curioso. Estaba pensando justamente en lo mismo. ¿No será telepatía?-

Vanessa ríe. A Alejandro se le contagia. Les escurren lágrimas.

-Voy a ponerme el condón-

-Aquí te estaré esperando-

Alejandro baja exultante por la escalera y se mete al baño. Busca en el gabinete los condones. Se ven algo viejos y gastados, quizás por el continuo trajinar de bolsillo en bolsillo. Abre uno de los dos con rapidez, bota el envoltorio al escusado y suelta. Luego empieza a tratar de ponérselo, pero no le resulta fácil. Es la primera vez que usa uno.

-Yuju, aquí te estoy esperando-

-Ya voy, ya voy, no me demoro-

Después de hacer todo tipo de experimentos y ajustes para sufrir un doloroso pellizco, por fin se lo acomoda y sale del baño para encontrarse con la sorpresa de que Daniel está entrando y no con muy buen tino, sin siquiera saludar.

-Uy Alejandro, apesta a bareta hasta el ascensor y se van a enterar los vecinos. Y tú otra vez andas metiendo ¿Dónde estás?-

¿Qué hace ahí todo trabado, empeloto y con un condón puesto?

Alejandro hace todo tipo gestos y luego señala con el brazo izquierdo hacia la cama camarote. Daniel alza la vista y es cuando ve la cara de terror de Vanessa que apenas se asoma bajo las sábanas.

-Discúlpenme pero voy a tener que pedirles que se salgan un minuto del cuarto para poderme vestir. Yo ya me voy-

-Perdón. No sabía que mi hermano tenía visita. Sigán en lo suyo-

En el momento en el que Daniel se retira para desaparecer, Alejandro trata por todos los medios de retenerla. La abraza.

-No, por favor, Vane, no te vayas. Tan rico que la estábamos pasando. Disculpa a mi hermano, él no sabía que tú estabas aquí-

Vanessa se despega del abrazo. Está temblando.

-Ay Alejandro, perdóname, pero yo ya no estoy de ánimo. ¿Me pedirías un taxi?-

-Si eso es lo que quieres.... Ya te lo pido-

Alejandro se pone la bata, unas pantuflas y se dirige al teléfono. Está que arde.

Siente que había empezado a enamorarse. Mientras pide el taxi la cabeza le estalla. Tiene ganas de ahorcar a Daniel.

-Móvil XGW 364, diez minutos-

Alejandro cuelga la bocina y regresa al cuarto para avisarle a Vanessa que el taxi viene en camino. La encuentra vestida, lista para salir. Él trata nuevamente de

abrazarla, de hacerla reír, pero no encuentra respuesta. Suena el interfono. Le avisan que el taxi ya está en la puerta.

-Sí, ya baja-

-Bueno Vanessa. Qué rico que hayas venido y perdóname de nuevo. ¿Te acompaño en el ascensor?-

-No, está bien así. No te preocupes, conozco la salida-

Alejandro entra como una tromba al cuarto de Daniel y lo encuentra con la cabeza apoyada en la almohada oyendo Daryll Hall & John Oates y ojeando una revista Rock & Pop argentina. Le arranca la revista de las manos, la tira a un lado y lo empuja.

-¿Qué te pasa?-

¿Con qué derecho abres la puerta de mi cuarto sin golpear? Te cagaste todo Daniel. Aquí tú has traído las viejas que has querido y yo sólo no le he dicho nada a mi mamá sino que además me he hecho invisible-

Daniel se queda de una pieza.

-Perdóname por entrar a tu cuarto sin golpear. Hasta el ascensor hedía a marihuana. Nunca me avisaste que tenías visita. ¿No se te ocurrió cerrar la puerta con llave?-

-¿Y por qué tenía que hacer las cosas como tú quieres? La puerta estaba cerrada. Se suponía que ibas a estar en un ensayo del grupo hasta tarde-

-Dices bien. Se suponía. Resulta que la teclista que contratamos tuvo un retraso en su vuelo desde Medellín, llamó y el ensayo se canceló. Y déjame decirte que no estoy de acuerdo con que una hora después de que mi mamá se haya ido tú ya estés aquí enfiestado y metiendo baretta. Nos puedes meter a todos en un lío el berraco-

-Para empezar yo no la compré, así que si no sabes no hables. La trajo Vanessa. También vino con Coca Cola y ron, pero se los llevó después del susto que le pegaste.-

-Así que tu amiguita resultó ser un absoluto demonio.-

-Yo diría más bien que un encanto. No te imaginas lo bien que huele y lo rico que es hablar con ella, abrazarla, besarla. Además me encanta la música que oye y no te imaginas lo que me hace reír. Por eso estoy muy triste de que se haya ido-

-Tranquilo. No es la única mujer que hay en el mundo-

-No me vengas ahora con frasecitas pendejas porque eso es lo mismo que me dijiste después de todo lo que me pasó con Lina. Al fin y al cabo tú no tienes de qué preocuparte porque desde que estás de rockero famoso te llueven las mujeres y si una te rechaza, tienes a todo un harem esperando-

-Ojalá que fuera así. Sólo he tenido una buena racha con una que otra aventura y algo de sexo-

-¿Ves? Ése es el bendito problema. El sexo. Ya no puedo aguantar más. Todo el tiempo ando pensando en eso, con las hormonas alborotadas y haciéndome la paja. Me lo arruinaste-

-¿Y qué me dices de mí? Yo tuve que verte en bola con tremenda parola y un condón anaranjado puesto. Esa imagen no se me va a borrar nunca de la cabeza. Menos mal que la que te encontró así no pasó eso con mi mamá. Espérate a que le cuente a Antonio.-

-No te rías que no tiene nada de chistoso-

-Está bien, no me río. Oye, a propósito, por pura curiosidad: ¿De dónde sacaste el condón?

-Era uno que encontré en uno de los bolsillos de esa chaqueta gris que casi nunca te pones-

- Ay Ale, esos condones están viejos y seguro están pasados. Se me había olvidado botarlos. Lo único que falta es que, a la primera, dejes a la niña embarazada. La próxima vez que necesites condones, búscalos en el cajón de mi mesa de noche-

El teléfono timbra.

-El tío Antonio iba a llamar para ver si hacemos algo distinto los tres. A ver con qué nos sale-

Mientras Daniel se va, Alejandro vuelve a sumergirse en lo que acaba de ocurrirle. Daniel regresa.

-Oye Ale, deja de pensar bobadas y vístete lo mejor que puedas. Tenemos un plan-

-¿Y eso? ¿A dónde se supone que nos va a llevar mi tío Antonio?-

-Es una sorpresa. Ya te vas a enterar. Más bien arréglate que él viene en quince minutos y nos espera abajo. Creo que es justo lo que necesitas-

-Me voy a alistar-

-Dale, dale, pero que sea rápido-

Alejandro se dirige a su cuarto, abre el grifo de la ducha, gradúa la temperatura y se desviste. Siente el Pachuli de Vanessa en su piel. Empieza a tocarse y a recorrerse lentamente con los dedos, siente crecer su excitación, pero se aguanta.



Está peinándose frente al espejo cuando descubre un abultado barro de tonalidad blanquecina que le ha salido a un costado de la nariz. Lo hace explotar sin miramientos en el espejo, limpia con un papelito, se lava la cara, los dientes, las manos y sale del baño para cambiarse. Hace una bola con toda la ropa y la echa en un canasto. Empieza a vestirse. Daniel abre la puerta y se asoma. Tiene el pelo engominado, jeans oscuros, camisa blanca, corbata sport azul en la que aparecen imágenes de varias corbatas deportivas más.

-Hey, Ale ¿Por qué te demoras tanto? Antonio ya llegó y nos tenemos que ir.-

-¿Adónde?-

La cara de Daniel muestra un leve rictus de malicia

-A Antonio se le metió la idea de que hoy fuéramos al Pussy's House-

-¿Qué es eso? Parece el nombre de unos gatos-

-Más bien diría que de unas gatas-

-No tengo la más puta idea de lo que quieres decir-

Daniel estalla en una carcajada.

El Simca de Antonio entra en el parqueadero. Se trata de un lote desocupado, carente de techo. Es la primera vez en las cinco últimas salidas con el tío que el deteriorado carro no se vara y toca empujarlo.

-Esta vez no se te quedó la carcacha parada. Qué milagro. ¿Te acuerdas de la última-

-A quién se le va a olvidar-

Hay un enorme letrero rosa coronado con el dibujo de una voluptuosa mujer nadando sonriente dentro de una voluminosa copa. En letra estilizada aparece el nombre, Pussy's House. Hay un bombillo rojo encendido justo encima de la doble puerta de vidrio oscura y cerrada. Se ve que es una de esas antiguas casas del céntrico sector de Chapinero que en algún momento debió ser muy linda pero que ahora, por el descuido y el deterioro, está venida a menos.

-Listo sobrinos, aquí estamos. A ver si les gusta el chuzo al que los traje. Y no se preocupen por plata. Yo invito-

Parado a un lado de la entrada hay un tipo más ancho que fornido y de bigote prominente vestido como un botones. Con un chaleco rojo, pantalones grises, zapatos punta mogolla tacón bachiller negros obsesivamente brillados, hace unas veces de recepcionista, otras de portero, además de promotor del lugar.

-Bienvenidos caballeros, entren a ver nuestro maravilloso espectáculo en vivo y a deleitarse con el contoneo rítmico y sensual de nuestras golosas chicas.-

Al otro lado de la entrada hay un joven más o menos de la edad de Alejandro con un uniforme de colegio repartiendo tarjetas. Le impresiona ver la tranquilidad con la que lo hace. A los tres les entrega una. Hay fotos de dos mujeres ubicadas a lado y lado. En el extremo superior izquierdo aparece una rubia con trenzas, vestida de colegiala. Está acostada en un sofá beige con las piernas entreabiertas y usa ropa interior de color blanco. Tiene los ojos verdes, grandes y chupa una Bom Bom Bum, mientras mira a la cámara con actitud entre tímida y sensual. En el extremo derecho hay una pelinegra semidesnuda cubriéndose los senos y el pubis con sendas hojas de parra. Mira a la cámara con mucho morbo haciéndole creer que la cosa es con él.

Después de ver con curiosidad las fotos Alejandro se concentra en el texto de la tarjeta: *Pussy's House, Una experiencia inolvidable. Exclusivas señoritas de 18 a 23 años complacen tus fantasías. Despedidas de solteros, hoteles, extranjeros y ejecutivos. Presentando esta tarjeta durante el mes por cinco (5) servicios el sexto (6) es gratis. Promoción todo por 2. 000. Show lesbian 3000. Venga y compruébelo. Parqueadero vigilado.*

Los tres avanzan hacia la puerta. El botones mira a Antonio y lo deja pasar. Sigue Daniel. Cuando Alejandro va a atravesar la puerta el tipo lo detiene con un brazo en alto.

-A ver a ver caballero, ¿Podría enseñarme su identificación?-. .

-Sí, claro. Deme un segundo-.

Empieza a escarbar en los bolsillos, saca la billetera, la revisa como si estuviera buscando la Cédula. Se encuentra no sólo con la mirada desconfiada e incómoda

del portero sino además con la agresiva de cinco borrachos que esperan impacientes a que éste lo eche para dejarlos entrar.

-No la encuentro. Me temo que se me quedó en la casa-

-Pues yo también me temo que se va a quedar con las ganas de entrar.-

Hace una seña a todo el grupo de borrachos para que ingresen. Alejandro le suplica que lo deje pasar. El portero lo empuja.

-Oiga pelao ¿Por qué más bien no se larga de acá? No ve que no me está dejando trabajar y si se aparece la tomba me meto en un problema-

-Es que mi tío y mi hermano están adentro-

-Pues tendrán que venir a buscarlo a la puerta e irse a otro lado. Aquí sin Cédula nadie puede pasar-

Antonio aparece con unos billetes y termina por resolver la situación.

El agresivo portero de un momento a otro se vuelve el ser más cariñoso del mundo y hasta le da a Alejandro unas afectuosas palmaditas en la espalda.

-Pásele sardino. Así por las buenas sí nos vamos entendiendo-

Suben una escalera y atraviesan una cortina roja. En las paredes pintadas de amarillo aparecen colgados y enmarcados varios de los afiches centrales más famosos de las revistas porno más populares como Macho, Playboy, Hustler y Penthouse. También hay uno de Nastassja Kinski desnuda y envuelta en una serpiente. Alrededor hay unas quince mesas redondas de aluminio rodeadas por sillas de plástico Rimac blancas y azules. Cómodamente instalado en una de las mesas enfrentadas a un tubo puesto sobre una pasarela redonda en donde dos mujeres con vestidos de baño bailan y se acarician, con una cerveza en la mano y

dos más servidas, se encuentra Daniel absorto contemplando el panorama.

Alejandro y Antonio se sientan.

-¿Qué hora es Ale?-

-Las siete y treinta y cuatro-

-No. Es la hora de decir salud-

Mientras los tres se ríen y brindan, Alejandro observa el panorama. En el lugar hay unas treinta mujeres vestidas con uniformes de colegialas, enfermeras, porristas, azafatas y policías. Algunas están sentadas con clientes. Otras se encuentran comiendo en grupo y cuchicheando. Las demás se desplazan por el lugar bailando y coqueteándole a todos.

-¿Qué tal el chuzo sobrinos?-

-Pues nos metiste en reverendo antro, pero habrá que reconocerte que las viejas están bien buenas. Como esas dos del tubo. Están de caerse de culo-

-Y espérense que todavía no han visto nada. Cuando empiece el Strip Tease van a ver lo que es bueno. Hace unos meses estuve aquí y casi me vuelvo loco-

-¿De verdad?-

-Sí, no se imaginan. Hacen unas cosas loquísimas y cada una tiene su estilo.

Estuvo de infarto. Oye Alejandrito, ¿Te pasa algo? No te he oído decir nada-

-No te preocupes. Debe ser que él todavía está pensando en esa hippie del colegio con la que me lo encontré esta tarde en pleno merequetengue-

-¿En serio? No me digas. ¿Qué pasó?-

Daniel le cuenta a Antonio todo lo sucedido con lujo de detalles y muchísima gracia. Cuando narra cómo se encontró a su hermano el tío no puede parar de

reírse y también lo hace Alejandro que esta vez decide tomarse la burla por el lado amable. Por otra parte él es consciente de que lo que dice Daniel es cierto y de que su cabeza todavía está en otra parte. Todo el tiempo ha estado pensando en Vanessa y aunque a su alrededor hay mujeres de todos los tipos y para todos los gustos, aún así no puede estar tranquilo.

-Y quien te ve tan inocente Alejandrino, pero dicen que el que menos corre vuela.

Así que parece que hoy le atiné con el sitio-

Se apagan las luces y se vuelven a encender. Aparece en escena un locutor vestido con un smoking blanco, corbatín azul claro y un micrófono en la mano.

Está peinado con gomina y tiene un copete parecido al de José Luis Rodríguez "El Puma".

-Buenas noches damas y caballeros. A partir de este momento se prendió la rumba en Pussy's House. Démosle la bienvenida a nuestro maravilloso show en vivo. Recibamos con un caluroso aplauso a la primera de nuestras chicas. Venida directamente de Pereira y para deleite del respetable la sensual Andrea-

-Mucho indio-

Sí. Puro galán de vereda-

Tras los aplausos, los gritos y las frases altisonantes comienza el show y la tan anunciada vedette, vestida de enfermera, entra en acción. Es una morena de pelo largo liso y negro, algo pasadita de kilos, pero se contonea con mucha agilidad alrededor de un tubo al son de Karma Chameleon.

-Mira Dani, pusieron la canción que me gusta. ¿Cómo es que se llama el grupo?-

-Ay Ale, te lo he dicho un montón de veces. A ver si te lo aprendes: Culture Club.  
A mí también me encanta. Estoy seguro de que se va a convertir en un clásico. Es una canción del putas pero no es tan buena como Do you really want to hurt me -.

-Pues permíteme sobrino que esta vez esté totalmente en desacuerdo contigo pero yo no soporto a ese adefesio de Boy George. Es un asco-

-Eso que dices no tiene nada que ver con el grupo y con la música-

-Pues si de música hablamos la armonía es sosa y muy elemental. Mira por ejemplo la batería-

El tío Antonio empieza a hacer ruidos y a mover los brazos para llevar el ritmo de la percusión en la canción.

-Ey, un minuto. Yo no comparto eso. Mira por ejemplo la guitarra-

Ahora es Daniel el que se pone en pose de guitarrista y empieza a emitir gruñidos.

Alejandro ve venir que Daniel y su tío, de acuerdo con la rutina, van a ponerse a hablar de música y a empezar a comparar un montón de grupos desconocidos para él. Sabe que cuando empiezan a pontificar de rock no hay quien los pare. Sólo ellos dos entienden de qué están hablando. Pasa lo mismo que cuando él habla de fútbol y al rato nota que ellos no lo soportan y quieren salir corriendo. Por eso se abstrae, trata de concentrarse en el show. Andrea es atractiva, baila ahora una segunda canción que también a él le gusta, Holiday de Madonna, se mueve con ritmo, ha desaparecido el vestido de enfermera y ha aparecido en escena con una diminuta ropa interior de color verde que en circunstancias diferentes le llamaría mucho la atención, pero ahora no lo conmueve. Mira alrededor las otras chicas que se desplazan por el lugar, también a las que acompañan a los clientes.

Se pone a pensar en Lina, la perfecta, la niñita buena, el tesoro obediente del que pueden estar orgullosos sus padres. Por eso su panorama, si no ocurre nada extremo, está demasiado claro: estudiará y se graduará de una carrera, con la anuencia de sus padres, claro está, contraerá nupcias con otro niñito igual, bueno, perfecto, de la High Society, como el novio que vino a conseguirse el día su cumpleaños, tendrá hijos hermosos, los mandará a los mismos colegios y a las mismas universidades, manteniendo un nivel sin el cual, a no dudarlo, se sentiría medio desnuda y a la deriva. Vanessa en cambio es una hermosa incógnita de fuego. Su futuro es absolutamente incierto. Con ella todo es siempre una aventura y nadie podría adivinar qué le deparará el destino, si la conducirá al éxito o al fracaso. Por alguna extraña razón a Alejandro le encanta vivir la sensación de incertidumbre. La duda. No se puede imaginar llevando una vida como la que Lina querría vivir o siendo feliz gobernado por los grises esquemas tradicionales de la sociedad repletos de resultados, metas, objetivos, logros, triunfos. Es cierto que hasta el momento ha contado con las comodidades que le ha dado pertenecer a la misma clase social de Lina, pero aún así ha tratado de encontrarle una vuelta de tuerca a la vida, asumiendo riesgos, viviendo aventuras y experiencias que lo hagan sentir diferente. Para bien y para mal.

-Oye sobrino, ya acabamos de hablar de música. Yo sé que te aburre. ¿Qué te ha parecido el show?-

-Bien, creo-

-Qué falta de entusiasmo por Dios. A ver si la que viene te gusta un poco más-



Alejandro se siente triste y abatido. Se cuestiona sobre la necesidad de hablar con Vanessa, de aclarar las cosas. No quiere que nuevamente algo accidental arruine lo que ha podido construir.

-Bueno Caballeros. Esto cada vez se pone mejor porque ahora ha llegado el fuego. Directamente del Chocó para deleite de ustedes la incontrolable Paola Chocoramo Riiiiiiicooooo-

-No te pierdas la viejota que viene sobrino. A esta negra la vi la vez pasada. No sólo tiene un cuerpazo, sino que le sobra sabor. Está de morirse. Si ésta no te levanta el ánimo estamos fritos-

Aunque le sonrío por compromiso, Alejandro recibe el comentario de su tío de mala gana. A esas alturas lo único que quiere es irse de ahí, no tiene ganas de seguir perdiendo el tiempo ni de continuar entristeciéndose sin razón. Y cuando su ánimo se ha puesto más sombrío, estalla un huracán. Al ritmo de la salsa de Sonido bestial de Richie Ray y Bobby Cruz una negra escultural baila y se contonea alrededor de todos los clientes. Parece nacida para moverse sensualmente. No es sólo el cuerpo, sino la singular energía sexual que emite esta mujer lo que anima a todo el público. Los borrachos de la mesa de al lado que hace un rato parecían dormidos, desinteresados, ahora están más despiertos que nunca y explotan en aplausos y chiflidos para homenajearla. Se suelta el primero.

-Uy maaaamita. En esa cola yo sí me formo-  
Aparece un segundo dispuesto a superarlo.

-Tanta carne y yo sin muelas-

-Te dije sobrino que a esa mujer no ibas a poder quitarle los ojos de encima.

¿Cómo te quedó el ojo?-

La chocoana parece tener un imán para que, sin excepciones, todos los ojos se posen en ella y se nota que disfruta demasiado con ello. Frente a las miradas y las palabras lujuriosas reacciona provocativa sin un atisbo de incomodidad, más bien parece gustarle y alimentarse de que le echen piropos y le digan cochinadas.

Mucho más que las otras que pasaron, las que emocionaron algo a Daniel y Antonio, pero nada a él. A éstas les falta algo que a la chocoana le sobra. Quizás el fuego.

En algún momento del show, cuando ya se ha quitado el vestido de porrista, el bombón va pasando por las mesas de los atónitos espectadores, les roba sorbos de cerveza, se sienta a bailar en ropa interior blanca sobre algunos. Alejandro no puede creer lo que está viendo.

-Ale, mira ese tipo, pobrecito. Se está muriendo de la arrechera. A mí también me pasaría si esa viejota se me sentara encima. Tengo una parola descomunal-

-Yo también. Ni para qué te digo-

-Yo ya estuve en esas pelaítos y no me la doy. A mí se me sentó encima la vez pasada y me volví loco. No les quería contar para darles la sorpresa. En realidad eso es de lo que más me acuerdo y lo que me hizo querer volver aquí-

Mientras en la mesa crece la excitación, también aumentan las dudas. Ninguno de los tres sabe si será bendecido por la suerte, si ese bombón que selecciona en cada mesa a un afortunado y que es tan generosa restregándose, dejándose tocar y acariciar por éste, lo elegirá a él. Los tres quieren ser los elegidos y alardean

alrededor del tema, incluido Alejandro al que la sola posibilidad de que eso ocurra lo hace estremecer. Por momentos se ilusiona porque se siente observado por ella, pero después se da cuenta de que no es el único, que la negra hace lo mismo con todos. Por su edad y falta de experiencia él se siente inseguro porque piensa que a lo mejor lo verá como un niño inexperto en comparación con Antonio que ya es un señor hecho y derecho o con su hermano que también se ve mayor que él. Mientras la mujer se acerca a la mesa bailando ninguno de los tres puede dejar de observarla. Alejandro se da cuenta de ello porque cuando quiere compartir sus emociones se encuentra con las caras transportadas y perdidas de Daniel y Antonio. Entonces prefiere guardarse para sí todo sobre ese deseo irrefrenable y que jamás había sentido antes. No sabe qué es lo que más lo enloquece, si las caderas perfectas, las nalgas duras y de inimaginable redondez que por alguna extraña razón le recuerdan a las manzanas o esas piernas largas, torneadas, firmes; tampoco si son esos dientes blanquísimos enmarcados en carnosos y provocativos labios o son los ojos verdes que contrastan con el acanelado color de su piel o es el copioso sudor que al son del estribillo *salte del medio que está endiablo'o como bestia gozando un tumbao* ha empezado a empaparle la ropa interior y a transparentarle algunas partes del cuerpo develando así algunos de los misterios principales de su despampanante anatomía. La chocona se acerca bailando a todo tren a la mesa en donde están los tres embobados, mira a Antonio, Daniel y Alejandro con malicia. Con lujuria acaricia con suavidad el pelo del primero, mete la mano dentro de la camisa para acariciarle el pecho al segundo y, finalmente, gracias a Dios o al diablo, vaya uno a saber si no son

responsables los dos juntos, toma la decisión de sentarse sobre Alejandro. Esta vez no lo hace dándole la espalda como ha hecho con otros clientes sino que ahora va de frente y empieza a contonearse encima de él provocando que el contacto entre ambos sea fuerte y directo. La combinación de múltiples factores hace que Alejandro esté totalmente a merced de sus hormonas cuyo alboroto se hace más que evidente para la mujer que entonces no tiene empacho en hacerle los más calurosos comentarios al respecto.

-Quién lo ve al sardino. Tan chiquito y con esa cosota tan rica. ¿Quiere tocarme las tetas, papi?-

Entonces ella procede a descubrirse el pecho y Alejandro, absolutamente gobernado por la libido no sólo accede al pedido sino que se concentra en hacer su labor lo mejor que puede, tocando, acariciando, besando, mordiendo, pellizcando, mientras el público presente los apoya con ahínco a ambos.

-Hágale pelao. Se sacó la lotería con esa hembrota-

-A ver mamita y se da una pasadita por aquí para que vea lo que es bueno-

-Eso Ale, recuerda que ahora nos estás representando-

Ella sigue un rato bailando sobre él y dejándose tocar. Antes de pararse para seguir con su show le susurra a Alejandro una invitación al oído.

-A ver si cuando acabe me busca, sardino. Así podemos arreglar algo para más tarde-

-Claro, seguro. Te busco-

Y entonces ella continúa con su show hasta el final de la canción, sin que Alejandro pueda quitarle los ojos de encima. La negra recoge toda su ropa del suelo y desaparece entre aplausos y chiflidos.

Mientras el presentador le da la bienvenida a otro show, en la mesa todo es jolgorio. Antonio y Daniel celebran las proezas de Alejandro, mientras éste continúa hecho un zombie, reponiéndose del impacto recibido.

-Como que ahora sí te desquitaste Ale-

-¿Y qué fue lo que te dijo al final sobrino?-

-Me dijo que fuera a buscarla-

-¿Y tú quieres?-

-Claro, como no. Ella me vuelve loco-

-Pues ya te dije Alejandrito que hoy todo corría por mi cuenta, así que toma algo de plata y ve tras ella antes de que alguno de estos buitres se te adelante-

La sola idea de que alguno de los borrachos viejos verdes que abundan en el lugar venga a arruinarle el plan hace que Alejandro se apresure y vaya en su búsqueda. Mira y mira en dirección a las mesas y no la ve por ningún lado. Abre la cortina roja y ve unas escaleras ascendentes en las que no había reparado antes y que por ellas viene bajando nuevamente vestida, pero esta vez no de porrista sino de colegiala.

-Me fui a bañar y a cambiar monito. ¿Entonces qué? ¿Me va a invitar a tomar algo o más bien subimos de una vez a culear bien rico?-

Mientras avanza por las escaleras detrás de Paola sin poder quitar la vista de sus piernas y de sus nalgas perfectas, le agradece al destino tener la suerte de que

sea ella la primera mujer con la que va a hacerlo. Piensa que quizás por algo no fue Vanessa y que a lo mejor esta mujer tan experta y recorrida puede enseñarle mucho más. Hay una fila delante de un mostrador en la que dos chicas acompañan a unos clientes panzones, de traje y corbata, a pagar. Mientras hace la fila Alejandro toma a Paola de la cintura, pero ella se suelta.

-Tranquilo monito. Vaya pagando aquí mientras preparo la habitación-

Alejandro espera con ansiedad el turno y por fortuna no pasa mucho tiempo antes de que lo atiendan. Decide pagar una hora en vez de media, compra además los condones y avanza hacia la habitación en donde Paola lo está esperando. Se la encuentra sin falda y sin blusa acostada sobre la cama.

-Hágale papi, quítese la ropita que yo aquí lo espero bien calientita-

Alejandro se desviste a la velocidad del rayo, deja la ropa en una silla y se acerca a la cama. Sus ojos hacen un recorrido por el cuerpo, los senos, los pezones, el ombligo y se detienen largamente en el pubis. Luego se acuesta al lado de Paola, la abraza, le besa el cuello, las orejas, la boca, empieza a tocarla, a conocerla con las manos.

-Uy monito, sí que se le puso dura. La tiene como un palo ¿Quiere que se la chupe bien rico?-

Alejandro asiente con la cabeza, aunque en realidad hubiera preferido ir directo al grano. Nunca se la han chupado, pero se muere por sentir cómo es estar adentro de una mujer. Cuando la negra comienza a succionar, se siente a punto de estallar. Ella lo hace con suavidad. Él ruega porque no continúe.

-¿Se lo sigo chupando papi o quiere metérmelo? Yo ya estoy bien mojadita-

-Te quiero culear-

Ella le pide los condones. Abre el envoltorio con los dientes sin dificultad, comienza a ponerle el caucho con la boca. En la habitación irrumpen dos tipos muy mal encarados. Son morenos, bajos, robustos, están rapados al estilo militar y tienen esa forma de cabeza tan particular, más cuadrada que redonda, que distingue a los mafiosos y a los que trabajan para ellos. Vienen vestidos con chaquetas de cuero, negra el uno, marrón el otro. El primero lleva un sweater blanco grueso. El segundo tiene puesta una camisa azul desabotonada para mostrar su cadenota de oro. Los dos se parecen demasiado. Alejandro brinca de la cama y se refugia en una esquina del cuarto, mientras Paola va a parar al otro extremo cubriéndose el cuerpo con una sábana. A Alejandro la erección que traía se le baja del susto y trae el caucho colgando.

-¿Qué les pasa? No sean abusivos ¿Por qué no golpean antes de entrar? ¿No ven que estoy con un cliente?-

Después de mirar a Alejandro como si fuera un gusano al que se debería aplastar, el de la chaqueta marrón responde con una sonrisa.

-Tranquilita mami, no se sulfure, ya sabe usted cómo es Don Rigo. Se pegó la borrachera del siglo, luego se metió unos gramitos para equilibrar y cuando le entró la loquera se empeñó en que quería irse con sumercé dos días a Melgar- Sin quitarse la sábana de encima y visiblemente molesta, Paola responde.

-Pues dígame a Rigoberto que hoy no puedo, que aprenda a respetar. Me comprometí a trabajar aquí toda la noche, estoy con un cliente. Así que es mejor que se aguante y que espere hasta mañana-

Creyendo que con esa respuesta tan clara bastará para espantar a los intrusos a Alejandro le da por dárselas de valiente.

-Ya oyeron a la señorita, ella está conmigo-

El de la chaqueta negra abre por primera vez la boca.

-Cállese culicagado si no quiere que le aplastemos la cara a puñetazos-

Luego continúa el de la chaqueta marrón.

-No se haga de rogar mi reina. A la dueña del chuzo le pagamos dos días completos y dos más para que la dejara salir ya y a usted le vamos a dar dos semanas. Vea, aquí tengo el billetico contante y sonante-

Paola le rapa el voluminoso fajo e inmediatamente se lo guarda dentro de la cartera, empieza a vestirse, está radiante. Del mal genio inicial no queda ni el recuerdo.

-Ah no, si va a ser así de generoso mi Rigo, pues avísele que voy a donde él quiera. A Nalgar o a Tirardot.-

A los gañanes de cuero el chiste se les hace buenísimo y se ríen a carcajada batiente.

-Pues dígaselo usted misma al patrón, reina, porque él anda allá abajo regalándole ron y whisky a todo el mundo-

Y mientras el de la chaqueta marrón anuncia la presencia de su jefe, el de la chaqueta negra mira a Alejandro con la cara de resentimiento que a veces se recibe en Colombia por el simple hecho de ser rubio, tener los ojos claros y no haber aprendido a hablar como un gamín. Alejandro está que arde. No puede



creer que ella lo vaya a dejar así después de todo lo que ha pasado y habiendo pagado un montón de plata.

-Oye, ¿Y no vas a terminar aquí conmigo?

-Lo siento, es que.....-

Paola trata de responderle a Alejandro pero es interrumpida por el de la chaqueta negra al que claramente no le simpatiza ni un poquito.

-¿Qué fue lo que no entendió esta vez? Cállese, vístase y ábrase papá-

Antes de salir del cuarto en compañía de sus nuevos escoltas, la chocoana trata de arreglar un poco las cosas.

-Disculpe sardino, pero échese una pasadita la próxima semana. Aquí me encuentra de las nueve de la mañana hasta la noche-

Alejandro piensa en salir detrás de ella para pedirle que le regrese la plata, pero la cara de hijo de puta del sicario de la chaqueta negra lo hace desistir de la idea.

No sabe cómo asimilar todo lo que siente, pues dentro de él se acumulan la ira, la tristeza, el miedo, la frustración. Se viste y sale en busca de Antonio y Daniel.

Quiere largarse de allí. Atraviesa nuevamente la cortina roja y se encuentra ahora a Daniel y Antonio muy acaramelados con un par de chicas, una pelinegra y una rubia, jovencitas, lindas, mientras toman ron con Coca Cola.

-Mira sobrino, esta botella es cortesía del tipo de allá, el que ahora está con tu chocoramo y las dos neveras de cabeza cuadrada. Tiene pura pinta de narco, pero resultó hasta simpático-

-Oye Ale. ¿Por qué te demoraste tan poco? Ni quince minutos ¿Es que te viniste como un tiro?-

-No quiero hablar de eso ahora. Vámonos.

-¿Qué te pasa sobrino? Apenas estamos en el primer trago y en muy buena compañía, nos estamos divirtiendo de lo lindo. Tú ya tuviste lo tuyo, ahora...-

Alejandro no permite que su tío termine.

-Pues con ella no pasó nada y fue por culpa del hijueputa, del mafioso ese-

-Baja la voz, Ale, nos pueden pegar un tiro, cálmate ¿Qué pasó?-

Las chicas que acompañaban a Daniel y Antonio se paran con cualquier disculpa y se van a donde el mentado Rigoberto que no sólo parece conocer a todo el mundo sino también tener vara alta en el lugar. Mientras las dos mujeres hablan con el patrón y señalan hacia la mesa en la que hasta hace un rato se encontraban departiendo amigablemente, los dos hampones encuerados que lo acompañan dirigen sus miradas hacia allí con cara de muy malas pulgas. Alejandro está furioso, siente que la cara le arde, resopla por la nariz, está que echa chispas y lucha por contener las lágrimas.

-Aquí no, por favor vámonos-

Como Alejandro arranca a todo tren y los hampones desde la mesa del jefe continúan exhibiendo una actitud hostil, Daniel y Antonio captan con claridad el mensaje y salen tras él.

En el camino de regreso a casa Alejandro se desahoga. Mientras recorren la ciudad en el Simca, les narra a Daniel y a su tío con pelos y señales todo lo que le pasó en el Pussy's House, revela la frustración acumulada por lo que ocurrió con Lina, luego con Vanessa, finalmente con la chocona.

A la llegada al departamento se despacha confesando que siente que todo a su alrededor no marcha, ni las relaciones con María Cristina, ni el colegio, ni el fútbol, que ya no escribe nada, que todo es un caos y que a esto se le suma que su padre está a miles de kilómetros de distancia, incapacitado para ayudarlo en los aspectos de la vida en los que más lo necesita.

Y mientras tanto Daniel y Antonio lo escuchan con atención, lo dejan desahogar, le dan consejos, lo tranquilizan, lo miman y consienten, cocinando, oyéndolo, hablando con él. La noche poco a poco se va alargando y al final, extenuado, dejando de pelear, Alejandro se duerme.

Durante el resto de la semana Alejandro siente que su vida ha cobrado un nuevo impulso. Piensa que la decisión de tomar las cosas más en serio y de hacer un esfuerzo por mejorar ha sido acertada. Las pruebas saltan a la vista. El martes en la clase de Chucha Loca tuvo que pasar al tablero. De nuevo la combinación de cebolla reconcentrada y matemáticas amenazó con derribarlo, pero logró sobreponerse para sacar un ejercicio difícil adelante. Dedicó toda la tarde del lunes a estudiar con ayuda del sabio, didáctico y ameno tío Antonio. En la clase de español de esta mañana obtuvo la mejor nota del curso en el examen parcial. Y eso no es todo. Ya le avisaron que consiguió la prueba con el equipo de la Liga de Bogotá. No faltan sino dos días. Alejandro siente un delicioso cosquilleo en el cuerpo.

-Me has tenido muy olvidada.-

-Quiubo Papá. Para que vea que soy un bacán vine aquí con la Vanessa. Me tiene mamado joda y joda con que Alejandro esto, Alejandrillo lo otro-

Mientras Peña habla ella no deja un momento de abrazarlo y acariciarlo mientras se aprieta más y más contra él. La calidez de su piel, le recuerda todo lo que ocurrió entre ellos.

-¿Es cierto eso que dice Peña? ¿Te la pasas pensando en mí? ¿Crees que se me olvidó que la última vez que nos vimos te fuiste de puro aburrimiento?-

-Sí, es verdad. Una cosa es que no me guste el fútbol y otra que te tenga tantas ganas. Para que lo sepas, no he dejado de pensar en el asunto que dejamos pendiente-

La combinación de caricias, besos, abrazos, el chicle que mientras tanto saca y mete a su boca con el dedo y el tono maliciosillo con el que pronuncia la palabra *pendiente* le hacen imposible pensar. A ella parecen llegarle todas las señales porque se encarga de hacer las cosas que a él más lo enloquecen. Peña asiste a la escena con una sonrisa pícara.

-Oiga papá, lo que vinimos a decirle es que se prepare para una rumbota-

-Listo. ¿Cuándo?-

Mañana. Los cuchos de la Vanessa se fueron a acampar a Suesca....-

Vanessa lo interrumpe después de soplar con aire caliente la oreja de Alejandro.

-Ya te dije Peñaranda que no los llames así-

Perdone mamita, los faders de la hembra, la dejaron con la casa para ella solita.-

-Lo siento viejo Peña, pero mañana no puedo. Conseguí una prueba con el equipo de la Liga de Bogotá. Es a las ocho de la mañana el sábado y debo dormir muy bien-

Vanessa intensifica el trabajo. Vuelve a soplar, le muerde la oreja.

-No te creas Alejandrito que te me vas a escapar tan fácil. Y no te preocupes que no va a ser tarde. A la salida del colegio te vas derecho para mi casa y con todo lo que tengo preparado para ti seguro llegas a jugar el sábado como un cañón.

Ahora me tengo que ir. Nos vemos mañana-

Mientras Alejandro la ve partir, aún con la esencia del último beso en la oreja pegado, no puede dejar de mirarla. Reflexiona sobre lo contradictoria que se ha puesto la situación. Por un lado está la prueba con la Liga que con tanto esfuerzo ha logrado conseguir. Por el otro está ella.

-¿Entonces qué papá? ¿Listo para el foforro de mañana?-

-No hermano, no quiero poner en riesgo lo de la prueba-

-Ya gonorra, deje de ser tan marica. ¿No ve que la hembra le tiene ganas?

Además no se me vaya a tirar el plan. Vanessa invitó a Brenda, la prima que está buenísima, y si usted se desaparece se me caga todo-

-El que no se puede cagar lo de la prueba soy yo. Los conozco muy bien a ustedes dos. Primero me divierto un rato y después me termino arrepintiéndome-

-Ya papá, no sea aguafiestas. Además le aseguro que mañana se va a ir a su casa temprano y bien contento. ¿No que tiene ganas de poner como papa en tenedor a la Vanessa? No siempre hay que andar decidiendo entre una cosa y otra pudiendo tenerlas ambas agarradas-

Con gestos lascivos Peña le muestra a Alejandro que lo que dijo al final era de doble sentido.

-Está bien, párale, que ya entendí. Mañana voy. Pero prométame que no se le va a olvidar lo que me prometió-

-Me extraña telaraña, pero seguro canguro-

Como suele ocurrir casi todo en Bogotá, los robos, los impuestos, los atentados de los narcos, de improvisto se suelta un aguacero y tiene que correr a toda velocidad mientras se cubre la cabeza con el morral. Agradece que la distancia del paradero a la casa haya sido corta, pero aún así alcanza a mojarse bastante.

Por fin llega a la puerta. Toca el timbre del departamento. Oye las risas de Vanessa y su prima frente a algo que acaba de decir Peña y el estribillo de una canción de Soda Stereo: *"Si estás oculta, cómo sabré quién eres, me amas a oscuras, duermes envuelta en redes. Signos, mi parte insegura, bajo una luna hostil"*. No hay respuesta. Ensopado y tiritando vuelve a insistir. Unos pasos se acercan a la puerta. Alejandro supone que le va a abrir Vanessa pero se encuentra con que los que lo reciben con cara de sorpresa son Peña y Brenda. El la lleva abrazada de la cintura.

-Oiga papá, ¿Qué hace ahí parado y mojándose en la puerta?-

-¿Cómo que qué hago? Estoy cansado de timbrar. Ya lo hice tres veces y nadie me abrió-

-Claro, la Vanessa no le dijo que aquí, cuando coloca duro la música, la cosa hay que hacerla así-

Peña hace un espectáculo. Empieza a tocar bien duro con los nudillos y a chiflar con la potencia que enorgullecería a un gamín, aparte de que grita con todas sus fuerzas.

-Vanessa, Vanessa, venga mamita que aquí llegó su galán-

Toma aire y continúa.

-La hembra y yo íbamos a dar una vuelta a la tienda para conseguir unos chicles y unos cigarrillos. ¿Se le ofrece al excelentísimo doctor alguna maricada?-

-No, tranquilo viejo Peña. No necesito nada-

-Listones. Vidrios-

Mientras Peña arranca con la chica hacia el ascensor, Alejandro entra al apartamento a buscar a Vanessa. Ya le extraña que ella todavía siga desaparecida. Atraviesa la entrada y luego la sala de la casa. Hay fotos de El Che, Ghandi, Buda y Jesucristo, inciensos, esencias florales y herbales de todo tipo, conviviendo con algunos afiches enmarcados de Mick Jagger, David Bowie, Bob Marley, Led Zeppelin, Pink Floyd y Janis Joplin. Hay una biblioteca repleta de libros y varias fotos de sus participaciones en protestas contra la guerra en Vietnam, el hambre en África y el bloqueo en Cuba. En una inmensa mayoría de ellas aparecen ambos en primerísimo primer plano, bien mechudos, él barbudo, ella con alguna falda de flores y, por lo general, senda blusa liviana de algodón. Hay también fotos de las incontables ocasiones que se han ido a acampar y en una de ellas aparece Vanessa de pañales cas recién nacida. Sean sus padres hippies, mamertos o esotéricos, en esa casa no hay regaños, castigos o advertencias. Es por eso que para Vanessa es más fácil ir perdiendo el año. A ella pasar o no pasar parece no importarle. Alejandro atraviesa la sala, el comedor, la cocina, los baños, el cuarto de los papás y llega hasta el estudio llamando insistentemente. A través de la puerta entreabierta, sale una tenue luz. Se encuentra a Vanessa muy relajada, esperándolo sobre la cama, con un liviano



vestido azul aguamarina que hace juego con el oscuro color de su piel. Tiene las piernas abiertas y sus calzones, por arte de magia, han desaparecido. Con gestos insinuantes lo invita a acercarse. Se besan, se abrazan, se tocan, se recorren.

-Qué tal que regresen Peña y tu prima y nos encuentren en éstas-

-No seas tontico. ¿A quién crees que se le ocurrió la brillante idea de mandarlos por chicles y cigarrillos? Esta vez no te me escapas.-

Alejandro goza al explorar su boca. Vanessa va enseñándole cosas que no conocía. Él se sumerge en ella, en su cuello, en la textura de su piel, en su olor.

-Quiero que me lo metas-

Al estar dentro de ella, Alejandro le encuentra sentido a todo. Vanessa sabe cómo excitarlo y cómo aplacarlo, haciendo que el momento se prolongue. Lo que siente le recuerda a las olas del mar. No puede compararlo con nada. Es más intenso y más real. Y cuando todo termina, Alejandro siente que la ama.

Después los dos permanecen acostados, abrazados, consintiéndose. De un momento a otro Vanessa se suelta del abrazo y salta desnuda de la cama.

Alejandro permanece acostado, mirándola, mientras ella va directo hacia el primer cajón del escritorio y de allí saca una cajita de madera artesanal. La abre, retira de adentro un paquete de Pielroja sin filtro y algo de marihuana colada guardada en una bolsa transparente. Saca un cigarrillo, despega el papel en el que éste ha sido envuelto ayudándose con la humedad de la punta de la lengua, lo rellena con marihuana, lo enrolla y lo prende. Se nota que es un ritual aprendido. Tardó sólo segundos y lo hizo con la pericia que distingue a los expertos. Alejandro asiste al

ritual embobado. Después de una buena aspirada, tos y humareda mediante, Vanessa le extiende a Alejandro el cigarro

-¿Quieres? -

-Perdóname linda, pero no creo que sea buena idea. Mañana a las ocho de la mañana tengo que.....-

-Sí, ya sé, pero no seas aburrido. Let it be. Take it easy. Todavía es temprano y a nadie le cae mal una troncha. Además ni te imaginas lo que podemos llegar a sentir haciéndolo así-

Se acerca a él y lo besa largamente. Alejandro aspira. Hoy es hoy, mañana es mañana.

La recibe Alejandro por la punta izquierda, intenta esquivar al defensor central del rival para entregarle el balón al nueve que se encuentra solo frente al arquero pero se le queda corto y lo pierde. El nueve le reclama desde el punto penal.

-Suéltela monito, carajo. ¿No ve que era gol?-

Alejandro recibe el reproche y no contesta nada. Siente la cabeza a punto de estallar. El sol le está pegando en la cara de frente y le caería de perlas llevar puestas unas gafas oscuras. No aguanta los ojos. La claridad de la luz le impide ver dónde está el balón. En la charla técnica de Jairo Romero, mientras sus compañeros parecían fieras enjauladas listas para devorarse crudo al rival, él sólo pensaba en las terribles ganas que tenía de vomitar. Se las calmó como pudo con agua y más agua. Reconoce que daría lo que fuera por estar en su casa durmiendo y recuperándose de ese guayabo tan tenaz, en vez de andar corriendo a las ocho y ocho de la mañana detrás de un balón. Sin embargo, es tanta la culpa que siente por no haber sido capaz de decirle que no a Vanessa y a Peña, que ahora quiere enmendar su error haciendo un sobreesfuerzo en la cancha. Piensa que con ser efectivo y certero con los pocos balones que toque, puede pasar la prueba. Se ilusiona con la idea de que en la próxima jugada le irá mejor.

Alejandro se instala en la punta izquierda y de ahí no se mueve. Romero le ha pedido que tenga más movilidad, que haga diagonales hacia adentro y hacia afuera, que marque la salida del lateral, pero él sabe que si hace lo que pide el míster se muere. Prefiere esperar a que le llegue algún balón cómodo para

intentar correr. La oportunidad se le presenta cuando, tras un rechazo, lo recibe a espaldas de su marcador. Alejandro corre lo más rápido que puede pero siente que se muere y que le falta el aire. De milagro logra tirar el centro antes del cierre del lateral que le anda pisando los talones, pero le sale una masita, un tiritito de dos pesos, que sin dificultad rechaza al córner el defensa central. Mientras el técnico le reclama que de ahora en adelante tire los centros altos y bombeados, Alejandro sólo piensa en que se va a desmayar. Jamás olvidará que terminó llegando a su casa hecho un desastre y que antes de dormir se tomó dos Alka Seltzer para frenar el mareo, aparte de darse un baño eterno. Tampoco olvida lo que le recordó Peña en el taxi mientras sudaba y aguantaba esa pálida feroz que lo hacía sentir la muerte

-Esa sí que fue mucha cagada papá. ¿Cómo se le ocurrió vomitarse justo encima de la hembrita? Le dije que no tomará tanto ron, que después de la traba le podía dar la pálida, pero no me hizo caso. Ahora sí que paila. A la Vanessa no se la vuelve a comer nunca-

En todo esto piensa Alejandro ubicado en el punto penal antes del tiro de esquina. Quizás por lo errático que ha estado durante el partido, los defensores de los contrarios se han olvidado por completo de él. El cobro sale justo hacia donde se encuentra y a la altura de su cabeza. En condiciones normales él agradecería tener esa oportunidad de oro para mandar el esférico rumbo a la red, pero en esta ocasión prefiere pegarle con cualquier otra parte del cuerpo. El dolor lo está matando. No le queda opción. Así que cierra los ojos como si fuera un principiante, el balón le rebota en la crisma y sale a perderse por encima del travesaño.

Alejandro se derrumba cogiéndose la cabeza. Se revuelca en el suelo. Varios de los compañeros y rivales se arremolinan a su alrededor.

-¿Qué le pasó loco?-

¿Está bien bacán?-

-¿Será epiléptico el man?-

Es tan patética la escena que el entrenador, sin pensarlo dos veces, ordena el cambio.

-Sale Tardelli, entra Pataquiva-

Mientras el reemplazo ingresa al campo algunos jugadores del equipo llevan a Alejandro cargado y lo depositan en el banco de suplentes. No han pasado quince minutos del primer tiempo y ya lo han cambiado. El técnico de cuando en vez lo mira de reojo. Está frito. Jamás había jugado tan mal. La oportunidad de su vida la ha dejado ir por el caño. Al terminar el primer tiempo que la Liga gana cómodamente dos a cero con dos cabezazos de Pataquiva, el equipo se reúne en la mitad del campo. Todos felicitan al goleador.

-Venga Pataquiva. A ver si este man le enseña a cabecear al gringo-

Son varios los que se ríen del chiste. El único al que no le hace gracia es a Alejandro. Querría desaparecerse en ese mismo instante, pero Jairo Romero lo invita a hablar aparte. Los otros jugadores se quedan haciendo estiramientos y calentamiento con el preparador físico.

-Vea Tardelli. Le voy a ser franco. Hoy no le salieron las cosas-

-Sí, estuve muy mal. No sabe cómo lo siento-

-Nuestros observadores lo vieron jugar muy bien contra nosotros. Si no pensaría que me mandaron a la prueba un tronco para jugarme una broma pesada. ¿Qué le pasó hermano?-

-Perdóneme profe. La verdad es que anoche tuve una fiesta y me emborraché. En la cancha me sentía fatal-

-Desde que llegó lo sabía. Sólo quería que usted tuviera los pantalones para soltármelo en la cara. Oiga Tardelli: ¿Sabe cuántos jóvenes pagarían por una oportunidad como la que usted hoy está tirando a la caneca?-

Alejandro se queda mudo. No sabe qué decir. Lo último que querría ahora es recibir un regaño, pero sabe que se lo merece. Romero se muestra muy decepcionado.

-¿Sí vio a Pataquiva en cambio? Entró al cien por ciento y a romperla. ¿Sabe por qué? Por hambre. Usted tiene cosas que él sólo triunfando conseguiría. ¿Me entiende?-

-Sí profe. Me queda claro-

-Por eso no va a tener más oportunidades-

Alejandro lo mira con cara de que se quiere morir. Aunque ya lo esperaba esta es la confirmación de que se le cerró la puerta y no sabe si algún día se le abrirá. Para colmo, parece que Romero aún no ha terminado. El tono con el que le habla le hace doler la cabeza.

- Mejor dicho, lo que quiero decirle Tardelli es que es la última que le paso.

Váyase a descansar que se ve fatal y trae un tufo terrible. Lo espero aquí el sábado-

Alejandro sale del campo como un bólido. Aunque preferiría irse de ahí a paso lento, no quiere que el buenazo de Romero vuelva a pensarlo y decida echarlo. Ha contado con mucha suerte esta vez. No pudo haber jugado más mal. Romero resultó ser un bacán. Habrá que pagarle con la misma moneda.

Brenda, Peña, Vanessa y él ya se habían despachado casi dos botellas de ron y fumado unos tres o cuatro porros. Estaban borrachos, pero aún enteros. Vanessa tenía la cabeza de Alejandro recostada sobre su regazo, mientras él pensaba en que no podía tomarse un trago más si pretendía jugar bien al otro día, cuando, de un momento a otro, se le fueron las luces. Empezó a sentir que se hundía. Le era imposible siquiera pensar en levantarse. Aparecieron el mareo, los escalofríos y un sudor incontrolable muy parecido al de los caballos. Era una muerte lenta. Estaba consciente de que cualquier movimiento podía provocar una hecatombe y por eso permanecía inmóvil mientras Vanessa le acariciaba con suavidad el pelo. Empezó a sonar *Take on Me* de *A Ha*. Ella de improviso se levantó, empezó a cantarla y a tratar de animarlo de incorporarlo para que la bailaran juntos.

*-Talking away, I don't know what I'm to say, I'll say it anyway today's another day to find you. Shying away I'll be coming for you love O.K. Take on me Take me on...Ay*

Alejandro, párate, vamos a bailar-

No encontró respuesta.

Mientras bailaba al ritmo de la música lo jalaba de un brazo, hasta que consiguió el milagro. El desgonzado cuerpo de Alejandro se levantó, pero sólo para que él soltara un profuso vómito amarillento sobre ella. Quiere hablarle, pedirle disculpas y, para qué negarlo, sueña con que entre ellos vuelva a haber algo.

A las cuatro de la tarde Alejandro timbra y no recibe respuesta. Vuelve a intentarlo y el resultado es el mismo. Ya está pensando en irse cuando recuerda cómo fue



que Peña le mostró que debía anunciarse allí. Chifla, golpea, grita como si fuera el mismísimo Peña el que lo estuviera haciendo.

-Vanessa, mamita rica, ábrame. Aquí tiene a su galán-

Al primer intento Alejandro no logra que Vanessa le abra, pero el escándalo sí saca del apartamento contiguo a una anciana vecina, forrada en un desgastado pijama gris. Más que una caja de dientes lo que le baila en la boca parece un casete.

-Dios mío, Jesús bendito, ¿Qué es lo que está pasando aquí?-

-Discúlpeme señora, sólo estaba haciéndole una broma a Vanessa-

-¿No ve que ella tiene vecinos? Casi me mata del susto-

-Discúlpeme-

-Todos los días están haciendo ruido. Dígale a esa niña malcriada que me voy a quejar a la administración-

No demora mucho Vanessa en abrirle. Está muy despelucada y en pijama todavía. Tiene piches y lagañas en los ojos.

-Vamos, vamos, entra-

Vanessa lo conduce a la sala. Se sientan en el mismo sofá.

-Qué bueno que se metió la catana de la vecina. No me hubiera podido aguantar ese sonsonete. No sabes el guayabo que tengo. Tú debes estar que te mueres.

Supongo que no fuiste a jugar fútbol. Con lo mal que saliste de aquí-

-No, sí fui. Lo malo es que jugué como un culo. Lo bueno es que el técnico me la perdonó y tengo otra prueba el sábado-

- Ay Alejandro, yo no daba un peso porque jugaras después de esa vomitadota que me echaste encima-

-Vanessa, por favor perdóname. Me he estado sintiendo muy mal por eso. No quería que se pasara este día sin disculparme-

-No seas bobo. He visto cosas peores en la vida. Bueno, te confieso que ayer sí estaba que te mataba, pero ahora lo que me da es risa-

-¿Te pareció rico todo lo que hicimos?

-Sí. Más que rico estuvo delicioso-

-Ah, qué bueno saberlo. ¿No quieres que lo repitamos ahora mismo?-

-¿Estás loco? ¿Con este guayabo?-

-Estaba bromeando. Yo también estoy hecho un guiñapo-

-¿Qué es eso?-

-No sé exactamente, pero entiendo que cuando mi abuela dice que está hecha un guiñapo, es que está como un andrajo-

-¿Andrajo? Ay Alejandro, no vayamos a empezar con palabras raras otra vez.

Háblame en colombiano. Tu familia es como de otro siglo. Oye, ¿No tienes ganas de tomar algo? Estoy más seca que escupo de momia-

-Una Coca Cola, no, no, mejor un café-

Vanessa vuelve con una bandejita. Trae una taza repleta de café para él y un jugo de naranja para ella.

-Le puse dos de azúcar. ¿Está bien?-

-Sí, perfecto. Gracias linda-

Alejandro se pregunta si no sería lo ideal que fueran novios.

-Oye Alejandro, te me perdiste. ¿En qué andas pensando?-

-Nada importante. Cosas más-

Vanessa le coge la mano, se la acaricia, no se la suelta.

-No seas tontico. Con esa cara de felicidad que te vi, no te creo nada. ¿Acaso no somos amigos?-

-Bueno, la verdad es que sí estaba pensando algo.....-

-Ya dime, no le des tantas vueltas-

-Bueno, mira, es que después de todo lo que ha pasado entre tú y yo, lo bien que la pasamos cuando estamos juntos, he pensado que lo mejor que me podría pasar es que fuéramos novios-

Por un momento se hace el silencio. Luego se rompe porque Vanessa estalla en una sonora carcajada.

-¿Por qué no paras de reírte? ¿Te estás burlando de mí?-

-No, Alejandro, tranquilo. No me estoy burlando-

-¿Entonces?-

-Nada, es que me pareció cursi pensar en andar que dizque ennoviada contigo.

Sólo eso-

-¿Cursi? ¿Eso es lo único que se te ocurre pensar sobre lo que te acabo de decir?-

-Sí, pero no me entiendas mal. No eres tú el problema. Soy yo. Me encanta ser como soy y la libertad que tengo. Puedo salir con quien me dé la gana y no rendirle cuentas a nadie. Digamos que soy una niña muy mala y tú eres un niño bueno-

A Alejandro le desagradaba ser considerado así. Para él “niño bueno” desde que tiene uso de razón ha sido sinónimo de “reverendo imbécil”.

-Te equivocas. Puedo llegar a ser tanto o más malo que tú-

-Ya lo creo. Pero me parecería estúpido que andes por el mundo portándote mal para conquistarme a mí. Además es inútil. En el fondo eres más bueno que el pan-

-No me sigas diciendo eso que me molesta-

-No debería molestarte. La mayoría de la gente que conoces te quiere. Así todo se hace más fácil. En cambio, ser la niña mala duele. Nadie llega a conocerte bien y todos te juzgan. Y te hacen daño-

-No digas eso. Yo te conozco bien, Peña también y ninguno de los dos te juzgamos-

-Mentira, los dos lo hacen. El dice de mí en el colegio que ando acostándome con todo el mundo, que soy una zorra. Eso lo sé y no me importa. El es de los míos. Estamos cortados con la misma tijera. Tú en cambio vives idealizándome, piensas que soy inteligente, sensible, pero por favor, créeme, no te convengo-

-¿Por qué me dices eso? Yo puedo hacerte feliz-

-No lo creo. Además estoy segura de que conmigo sufrirías. Porque te quiero no deseo eso para ti-

-Qué forma tan chistosa de querer. Ahora sí que no te entiendo. Dices que me quieres y me sacas de tu vida. Reconoces que ser como eres te duele y rechazas el amor sincero que ofrezco-

-Creo que no entendiste nada. Ya me cansaste. ¿Por qué no me dejas sola?-

Esa faceta fría e insensible de Vanessa Alejandro no la conocía. A lo mejor en lo que le dijo tiene razón y no sabe nada de ella. Lo último que quiere es irse a su casa. Piensa que el que podría llegar a entenderlo mejor en esto es Peña. Se sube a un bus para ir a buscarlo. Lo encuentra saliendo de la tienda del cucho. Como siempre está matando el tiempo.

-Buenísimas las empanadas. A ver si las de mañana están así de ricas-

Peña se topa de frente con Alejandro. Se saludan chocando los puños. Empiezan a caminar. El barrio está atestado de negocios, restaurantes, asaderos, tiendas, talleres mecánicos, puestos callejeros de todo tipo. Alejandro va observándolos.

-¿Tones qué papá? ¿A qué se debe el milagro de que su excelentísima majestad, Alejandro Tardelli, alias el cara de verga, se haya dignado a venir a untarse de fritanga y pueblo? ¿Cómo le fue con lo del fútbol?-

Lo de fritanga y pueblo pega. Está a la vista el famoso Palacio del Colesterol, claro, aparte del Estadio El Campín en el que Alejandro espera triunfar algún día. Sin embargo, su ánimo ahora no anda muy futbolero que digamos.

-De lo de la prueba con la Liga hablamos después. Necesito contarle lo que me pasó con Vanessa-

-¿No me diga que después de la inmundada guacareada que se le pegó encima, la hembra se lo volvió a dar? Mucha cochina.-

-Oiga viejo Peña, en serio, no me joda. Ahora no estoy para chistes malos. Quiero que me ponga atención. Me le declaré a Vanessa-

-¿Fue así, todo bañadito y peinadito, a soltarle el rollo de que usted quiere ser su novio? Estoy seguro de que la hembra lo mandó a la mierda-

-Sí Peñita, eso es lo que hizo-

-Mucha hueva. Que conste que se lo dije, marica. Conozco a la Vanessa. Ahora sí que la cagó bien feo. Ella nunca va a cambiar. Es así-

-¿Así cómo?-

-Así. A ella le gustan los manes grandes, con billete, que la inviten a fiestas duras donde pueda meter de todo gratis, no sólo baretica para que me entienda-

Peña se toma un respiro para pensar mejor en lo que tiene que decir

-La nena ha visto y hecho cosas que usted ni se imagina-

-¿Cómo cuáles?-

-Eso sí no se lo voy a poder contar, papá. Pero sí le digo que no está hecha para andar jugando a la noviecita santa de un niño bueno-

-¿Usted también me va a salir ahora con eso de que yo soy un niño bueno viejo Peña? ¿Qué? ¿Es que habló con ella? -

-Para nada man, ¿Cómo se le ocurre? No se me sulfure, frescavena. Yo sé lo estoy diciendo porque usted a veces es puritica bondad, un almita de la caridad y si Vanessa le gusta en serio va a tener que demostrarle que es el duro de los duros. Si no, despídase de ella-

-¿Y cómo le hago viejo Peña? De verdad que me trae loco-

-Pues va a tener que entrenarse con las ligas mayores. Rumbitas más bravas, menos light, de esas a las que va ella. ¿Me entiende? Hoy precisito hay una donde El Batracio. Si quiere lo llevo. Allí se va a dar cuenta de cómo es Vanessa-

-¿Batracio? Se quedó sin apodo el pobre tipo-

-Es que al man le pusieron así porque ha hecho fortuna sapeando narcos como informante de la DEA. Mueve un montón de negocios, drogas, lavado de dinero, prostitución, trata de blancas, venta de armas y se ha quebrado unos cuantos él solito-

-Me sorprende Peñaranda. ¿Usted por qué sabe todo eso?-

-¿De dónde cree usted que saco plata para pasármela bueno y rumbear seguido si mis cuchos a duras penas me pueden pagar la educación?

-No lo sé viejo Peña-

-Pues atendiéndole uno que otro negocito al patrón. ¿Se acuerda del Maromero ese que nos la montó en el Cartucho? Ya el jefe lo puso en cintura-

-¿En serio? ¿Qué le hizo?-

-Está vez estuvo suave. Le mandó a partir la jeta-

- Oiga, una preguntica: ¿Y si el sapo ese lava dinero y trafica con drogas cómo es que trabaja de informante para la DEA? No entiendo. ¿Acaso esa no es una agencia gringa que persigue a los traficantes y a los lavadores de dinero?-

-Alejandro, no sea pendejo. Aterrice antes de que se caiga de bruces, papá. ¿En qué país vive? Píllese las vainas-

Alejandro se viste para la fiesta en la casa de Peña, con una indumentaria prestada por él. La chaqueta de cuero negra llena de cremalleras, los jeans y las botas del mismo color, la camisa blanca, de seda, con los dos primeros botones abiertos para que se pueda ver con claridad el voluminoso collar de oro, lo hacen

sentir como si estuviera disfrazado. Aunque ponga cara de rudo, de no te metas conmigo porque te rompo el culo, no puede dejar de imaginar lo que diría Daniel si se lo encontrara vestido así y a Peña a su lado todo engominado, con las Ray Ban, los pantalones blancos y esa camisa anaranjada, fosforescente, sedosa y florida de Versace que a según él, “de pura bacanería”, le regaló el Batracio. El taxi sube por la calle ciento veintisiete y avanza en dirección a los cerros. Hay una interminable fila de BMW's, Mercedes y Porsches. La casa ocupa manzana entera.

-Aquí es la rumba, papá-

La construcción es sobria, de estilo inglés, con tejas rojas. Por fuera está pintada de amarillo. Detrás de las cortinas, a través de enormes ventanales, se alcanza a divisar a mucha gente hablando o bailando.

- ¿Si pillas? Esta es la casa del Batracio. Qué mansión tan hijueputa, oiga. Puro lujo papá. Y espérese para ver lo que hay por dentro. En unos años yo tendré una igual-

Peña y Alejandro timbran en la casa. En la entrada son recibidos por algunas personas vestidas de smoking que se encargan de verificar que estén en la lista de invitados.

-Frescavena man. Yo ya me encargué de que lo incluyeran-

Dos tipos cuajados y armados, les hacen la requisita de rigor para ver que no lleven armas.

-El patrón sabe cómo protegerse. Claro. Le toca-



Adentro la casa está llena de cuadros originales de pintores reconocidos que andan desperdigados por los salones. Hay lámparas de Bacará, estatuas, objetos de oro, plata y bronce, porcelanas, muebles antiguos y modernos atiborrados. Sobresalen las cabezas de animales disecados, al igual que la colección de porcelanas y platos. Hay una orquesta que toca a todo vapor éxitos tropicales y un montón de gente bailando.

-Voy a ir a saludar al patrón. Así lo dejo solo para que se encuentre con la hembra. Nos vidrios-

Alejandro sigue solo su recorrido por entre la gente. Ve algunos personajes conocidos de la televisión, la política o el deporte. Concluye que Peña no exagera cuando dice que el anfitrión es el capo de los capos.

Al fondo de la casa, atravesando unas enormes puertas de vidrio, hay una piscina. Alrededor de ella conversan parados y sentados varios de los invitados a los que los meseros no dejan de mantener surtidos con comidas y bebidas. Alejandro se dirige hacia ese lugar a observar. Cantidades de mujeres jóvenes y bonitas están allí, pero no ve a Vanessa por ninguna parte. De pronto su mirada se detiene en una mesa. Le ha llamado mucho la atención la espalda descubierta de una mujer morena, con un vestido azul, que conversa sentada con dos tipos de aspecto similar a los que lo asustaron en el Pussy's House. Lleva el pelo recogido en un moño. Cuando la ve de perfil, no lo puede creer. Es Vanessa. Está tan maquillada y arreglada que le cuesta trabajo reconocerla. Aunque se ve lindísima, a Alejandro no le gusta como luce. Parece tener unos tres o cuatro años más. Nada que ver con la adolescente hippie, Rastas, ropa simple, siempre desenvuelta, espontánea,

despreocupada, de la que está enamorado. Es otra persona. Los movimientos y actitudes se asemejan a los de una mujer adulta, cerebral, calculadora. Su sonrisa tampoco es la misma. Ha perdido brillo. Alejandro se queda observando la escena impávido, queriendo asimilar lo que está viendo. Ella se voltea y los ojos de ambos se encuentran. En la mesa continúa hablando como si nada. Alejandro no se mueve del lugar. Pasado un rato, Vanessa va a buscarlo.

-¿Qué andas haciendo aquí? ¿Estás loco?-

-Peña me invitó. Así que aquí me tienes-

-Mucho imbécil Peña. Traerte a la boca del lobo. Deberías irte de aquí. Esto no es para ti-

-Es el mismo lugar en el que estás tú. Y lo bueno es que sobra espacio. Como verás no soy un niño tan bueno-

-No. Eres un idiota. Además te ves ridículo con lo que llevas puesto.-

-¿Acaso tú no?-

La estocada verbal de Alejandro parece haber hecho efecto ya que, por un momento, se hace el silencio. Sin embargo, Vanessa no está dispuesta a callar demasiado y lo quiebra de nuevo.

-Traté de convencerte de que te fueras pero, pensándolo bien, mejor para mí. Así te das cuenta con tus propios ojos, de una buena vez, que no estoy hecha para ser tu noviecita-

-Has lo que te dé la gana-

Alejandro ve que Vanessa regresa a la mesa y empieza a coquetear con uno de los tipos. Le acaricia la cara, la mano, lo abraza, le sonrío, brinda con él. Es

consciente de que ella lo hace para provocarlo, pero él, orgulloso, permanece parado en el mismo lugar, sin inmutarse, observando la escena. Al cabo de un rato, justo en el momento en el que el hombre responde a las insinuaciones y se concentra en el cuello y las orejas de Vanessa, Alejandro tiene un raptó de lucidez. Asume que quedándose lo único que va a lograr es sufrir. No tiene ganas de conocer hasta dónde pueden llegar las cosas. Ella lo ha vencido. Derrotado se va de la zona de la piscina a buscar a Peña. Necesita desahogarse. Lo encuentra en uno de los salones abrazado al Batracio y rodeado de otros tipos que esperan ansiosos a que les llegue un plato dorado con varias líneas de cocaína. No sabe muy bien por qué, tal vez por el aspecto de los presentes, a lo mejor por la tensión que transmiten sus caras, pero la escena le produce asco y escalofríos. Nada lo obliga a quedarse a ver cómo Peña se mete un pase, así que se larga. A veces perder es ganar un poco.

En medio de la oscuridad y el frío Alejandro avanza. Baja desde los cerros con las manos en los bolsillos. A paso firme marcha rumbo a la carrera Séptima. Podría tomar un taxi o un bus para llegar a casa, pero prefiere estar solo. Observa las casas, los espaciosos garajes, las enormes ventanas, los vastos jardines, los gigantescos perros que de vez en cuando lo sorprenden asustándolo con sus ladridos, esa muestra de opulencia que le produce confusión, como lo hacen, la pobreza el descuido, la mugre, la degradación que se topó cuando estuvo en El Cartucho. En la casa del Batracio abundaba la cocaína y la ofrecían los meseros alineada en bandejas de plata. En El Cartucho el bazuco rotaba en pipas artesanales que los mismos drogadictos construían con papel de aluminio. En la fiesta había invitados tirados en cómodas reposeras al lado de la piscina, rodeados de licores, comida y atenciones. En el Cartucho había otros noqueados en el pavimento, acompañados por las ratas y la basura. En esa casa olía a perfumes. En el derruido barrio hedía a mierda y orines.

Sus sentimientos también giran entre extremos. Quería demostrarle a Vanessa que no es un niño bueno, sino un valiente que no le tiene miedo a nada. Cayó en cuenta de que lo único que iba a lograr con eso era engañarse. Sí le tiene pánico a algo: a desperdiciar su vida. Por las mismas razones va a tener que alejarse de Peña. Ella no le mintió cuando le dijo que no era para él. Ha visto en qué mundo se mueve. Y mucho le duele que se exponga a arruinar su vida, que se busque una muerte tonta. Ella eligió ese camino. Bien le decía Daniel que él no empezó a

ser músico en serio hasta que descubrió cuánto amaba serlo y que no quería dedicarse a otra cosa. Sólo entonces sintió que podía llegar lejos. Alejandro quiere ser futbolista. Dedicarse de lleno y convencerse de que lo puede lograr. A la prueba con la liga va a llegar como una bala. Ha aterrizado.

De tanto pensar Alejandro llega al parque de la Alhambra. Allí ha ido a parar casi sin darse cuenta, después de caminar mucho. Los faroles están encendidos. Se baña con la luz tenue y sobria. Respira hondo. Percibe el olor a pasto podado y a humedad. Se siente tranquilo. Recorre el camino de coloridas piedras, ve los robles fuertes y robustos, los bancos de madera, disfruta del silencio. Ve que al fondo hay unos arcos. Se acerca a uno y mira hacia él imaginando un gol. Se quita la pesada chaqueta y se tiende sobre la hierba.

## VITA

Francisco Tedeschi nació en Buenos Aires, pero vivió buena parte de su vida en Bogotá. Allí terminó la carrera de Comunicador Social y Periodismo en la Pontificia Universidad Javeriana. Además escribió para televisión, publicó artículos periodísticos y textos literarios en revistas y otras publicaciones, hizo trabajos de edición y corrección de estilo.

Desde el 2006 llegó a los Estados Unidos para cursar la Maestría bilingüe en Creative Writing de la Universidad de Texas en El Paso. Desde entonces ha dictado clases de Español para el Department of Languages and Linguistics, ha publicado crónicas, cuentos y poemas en la revista Rio Grande Review de su universidad y en Border Senses de El Paso Community College, institución en la que también ha trabajado como profesor de Escritura Creativa y como editor de la revista Memorias del Silencio.

Actualmente escribe un poemario y, en el otoño, empezará la Maestría en Literatura Hispanoamericana en la misma universidad.

Dirección permanente: 6180 Los Felinos Cir. El Paso, TX. 79912

Esta tesis fue mecanografiada por Francisco A Tedeschi.